



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

ILUSTRACIÓN DE ESTE NÚMERO

José David Herrera (San Salvador, 1978). Estudió Diseño Gráfico en la Escuela de Artes Aplicadas de la Universidad Dr. José Matías Delgado. Ha participado en exposiciones individuales y colectivas en Latinoamérica, Estados Unidos, Europa y Asia, entre las que destacan Arte Centroamericano Contemporáneo, The American Collection, Florida; Arte Américas en el Centro Cultural de Correos en Río de Janeiro, Brasil; *artistMO* en el Taipei Fine Arts Museum de Taiwán; y *Borderless Generation*, en el Korean Art Foundation, de Seúl, Korea del Sur. Ha recibido varios premios y reconocimientos, entre ellos, mención de honor en la categoría de Instalación en la I Bienal de Arte Paiz de El Salvador (2001), primer lugar en *JUANNIO* 2002, Guatemala; mención de honor en la V Bienal del Caribe en República Dominicana (2003), tercer lugar en la categoría de Artistas Invitados de la II Bienal de Arte Paiz de El Salvador (2003) y mención de honor del VI Premio de Pintura Joven del Centro Cultural de España (2005). Su obra forma parte de varias colecciones privadas en El Salvador, Guatemala, Nicaragua, Costa Rica, Estados Unidos, España y Francia, así como del Museo de Arte y Diseño Contemporáneo de Costa Rica y de la Fundación Teorética de Costa Rica.

Todas las imágenes que aparecen en el presente número pertenecen a la serie *Los sueños blancos*, tinta china, tinta offset, aceite de cocina y lápiz, 28 × 21.5 cm, 2002. Originales en color transferidos a escala de grises para esta edición.

IMAGEN DE PORTADA



Los sueños blancos, 6 [En contraportada, *Los sueños blancos, 15* (detalle).]

EDITORIAL	7
DEL ÁRBOL GENEALÓGICO	
La gran guerra / Miguel Huezo Mixco	8
NUEVE POETAS DE EL SALVADOR (1979-1986)	13
País mío no existes / Elena Salamanca	14
Roxana Méndez	16
Krisma Mancía	23
Lauri García Dueñas	28
Roger Guzmán	34
Laura Zavaleta	36
Alberto López Serrano	42
Vladimir Amaya	46
Nadie	52
Luis Borja	59
LA CRÓNICA COMO ANTÍDOTO	63
Los sobrevivientes / Arturo Valdez Castro	64
Raúl, de lejos / Saúl Sánchez Lovera	69
Por la señal de la peloncita / Lauri García Dueñas	72
EL RESEÑARIO	
<i>Vendaval de bolsillo</i> , de Andrés Neuman / Luis Paniagua	77

UNIVERSIDAD NACIONAL
AUTÓNOMA DE MÉXICO

Enrique Graue
Rector

María Teresa Uriarte Castañeda
Coordinadora de Difusión Cultural

Rosa Beltrán
Directora de Literatura



LA REVISTA DE LOS ESTUDIANTES UNIVERSITARIOS

Número 195, enero-febrero 2016
Fundada en 1966

Edición: Carmina Estrada
Redacción: Luis Paniagua
Asistencia secretarial: Lucina Huerta

Diseño original: Rafael Olvera
Diseño de este número: María Luisa Martínez Passarge
Imágenes de portada, contraportada e ilustración de este número: José David Herrera
Impresión en offset: Imprenta de Juan Pablos S.A.
2a. cerrada de Belisario Domínguez 19, Col. Del Carmen
Coyoacán, 04100, México, D.F.

La responsabilidad de los textos publicados en *Punto de partida* recae exclusivamente en sus autores, y su contenido no refleja necesariamente el criterio de la institución.

Punto de partida es una publicación bimestral editada por la Dirección de Literatura de la Coordinación de Difusión Cultural de la Universidad Nacional Autónoma de México. Insurgentes Sur 3000, Ciudad Universitaria, 04510 ISSN: 0188-381X. Certificado de licitud de título: 5851. Certificado de licitud de contenido: 4524. Reserva de derechos: 04-2002-03214425200-102.

Dirigir correspondencia y colaboraciones a *Punto de partida*, Dirección de Literatura, Zona Administrativa Exterior, Edificio C, primer piso, Ciudad Universitaria, Coyoacán, México, D.F., 04510.
Tel.: 56 22 62 01
Fax: 56 22 62 43
correo electrónico: puntoenlinea@gmail.com
www.puntodepartida.unam.mx
www.puntoenlinea.unam.mx

Tiraje: 1000 ejemplares en papel cultural de 90 gramos, forros en cartulina Loop Antique Vellum de 216 gramos.

Centroamérica es una región que permanece, a pesar de su cercanía geográfica y cultural con México, un tanto desconocida para muchos de nosotros editores y lectores. Sabemos que varios de los estados que la conforman comparten una historia de anexiones y separaciones, que fue botín de guerra de potencias coloniales y sujeto de saqueo por parte de transnacionales como la tristemente célebre United Fruit, y que gran parte de la región atravesó un convulso siglo XX, por mencionar algunos datos de circulación generalizada. En cuanto a su nueva literatura, hemos constatado una cierta efervescencia a través de páginas electrónicas y pretendemos reseñar algunas de estas voces a lo largo de varios números de esta revista, con el ánimo de compendiar las nuevas literaturas de esta franja que es mucho más que el cinturón que une el norte y el sur.

Así, empezamos la tarea el año pasado con una muestra de poesía guatemalteca compilada con esmero y rigor por el poeta Luis Méndez Salinas, y esta vez toca el turno a la poesía de El Salvador, reunida por Elena Salamanca. La idea y los contactos para ambas ediciones se deben, como apunté en su momento, a los buenos oficios de la arqueóloga guatemalteca Margarita Cossich.

Elena Salamanca enfrenta su trabajo de selección a partir de un supuesto: encontrar una “poesía salvadoreña”, pero las voces congregadas aquí desmienten pronto esa premisa y la antóloga evidencia entonces la imposibilidad de un abordaje a partir del signo de la identidad, como anota en su texto de presentación. Estos poetas, nacidos entre 1979 y 1986, en los años de la guerra civil, cuya obra se ha consolidado durante la posguerra, en un clima de violencia delincuencial que ha lacerado a la sociedad salvadoreña como a muchas otras de América Latina, tienen voces muy distintas entre sí, con registros independientes descritos minuciosamente en la presentación.

Apadrinados en la sección Del Árbol Genealógico por Miguel Huezo Mixco con su poema —acertada elección— “La gran guerra”, y acompañados por el trabajo visual de su compatriota José David Herrera, estos nueve poetas —cuatro mujeres y cinco hombres— comparten con sus pares de todas latitudes los grandes temas: la muerte, el amor, el dolor. Evidencian así su esperanza en el lenguaje: la palabra como asidero, como arma ante la violencia que, tristemente, habita este continente de fronteras diluidas, esta América que es, tomando un verso de Lauri García Dueñas incluido en estas páginas, “el libro que aún no se ha escrito”. Vaya esta muestra como una pequeña contribución a difundir el canto de nuestra América, ese “canto necesario” del que habla el hispano-argentino Andrés Neuman en *Vendaval de bolsillo*, edición revisada en estas páginas por el también poeta Luis Paniagua.

Punto de partida 195 incluye además el *dossier* correspondiente a los textos premiados en la segunda edición del concurso La Crónica como Antídoto, convocado por la UNAM. Abrimos, pues, el año con un género que cobra cada vez más auge en las letras nacionales.

Feliz 2016. ●

Carmina Estrada

La gran guerra

Miguel Huevo Mixco

A María

Fui a la gran guerra con mi corazón
alerta
Hendí la niebla con mis uñas negras
Alguna vez perdí también el sueño
Pensé nunca alcanzaré la otra orilla
moriré
Mi corazón sangrante
sabrà que es la hora final del hígado y el linfa
Se preparan hogueras inmensas
puedo verlo

Pero miráme aquí comiendo otra vez
la corteza agria y dulce de la vida
que a veces no sé si morder
o escupir

Ocorre que me nace una suerte de olvido
dónde sujetarme pregunto
dónde recostarme susurro
a dónde mirar
ando a tientas

Es el viento
obsceno y hermoso con una cólera inaudita

y entonces
vuelvo a la gran guerra

Me ocurre en los atardeceres
El cielo
y los tejados de Santa Elena
los stops de los automóviles
los semáforos del bulevar
la cabeza de los fósforos
todo se vuelve rojo
como un año de gruñidos

Me creerías si te dijera
en la gran guerra llevé mi casa a cuestas
la sostuve con mis dedos
escarbé mi madriguera
con garras fuertes y curvadas
fumaba con la lumbre del cigarro
escondida debajo del sombrero

En enero la niebla
En marzo las conspiraciones
En junio mi desesperación
En agosto los desechos
En octubre la sed
En diciembre yo mismo

los doce meses
buscando un hombre que no conozco
Tiene mis manos
y pensamientos parecidos

Las granadas se colgaban de árboles
tan gruesos como siete personas
y los hacían trizas

El acre tufo de la pólvora esparcido
Las sombras de las aspas
despeinando el monte
Pero no te cansaré otra vez con esa historia

Fui a la gran guerra con el corazón
acelerado
Un colibrí libando la flor diría un poeta antiguo
Recuerdo los versos de un viejo libro sufí
pero ahora tengo una idea distinta
del valle de la privación y la muerte

El rayo de sol que cae sobre mi hombro como una mota de polvo
alimenta mi memoria
Tienes la sonrisa de la aurora tras el cristal del camino

Las batallas no hablan con la fuerza del amor
Un muerto no es un cuerpo fulgurante
sino un material
tieso machacado contra la tierra
No hay idioma capaz de interpretarlo
No hay pez en la luna que soporte ese frío

Por eso cuando te digan
cuando comiences a contar mis faltas
los lunares

el vello hirsuto de mis orejas
la muela como un huésped ingrato
y creas que te traiciona mi respiración
que el hombre está agotado su morada vacía
ni lengua
ni lágrimas
ni puños
deja que meta mis dedos entre tu pelo

En fila india como enloquecidos elefantes

Desplegados como hambrientos lobos en el bosque

Escucha conmigo la voz del cerro herido por el trueno
La pandereta del agua lluvia
sumergiéndose entre el lodo

En el borde de ese río
pensé una
pensé otra vez
con estos pesados fierros jamás voy a alcanzar la orilla

(De *Edén arde*, Índole Editores, 2014)

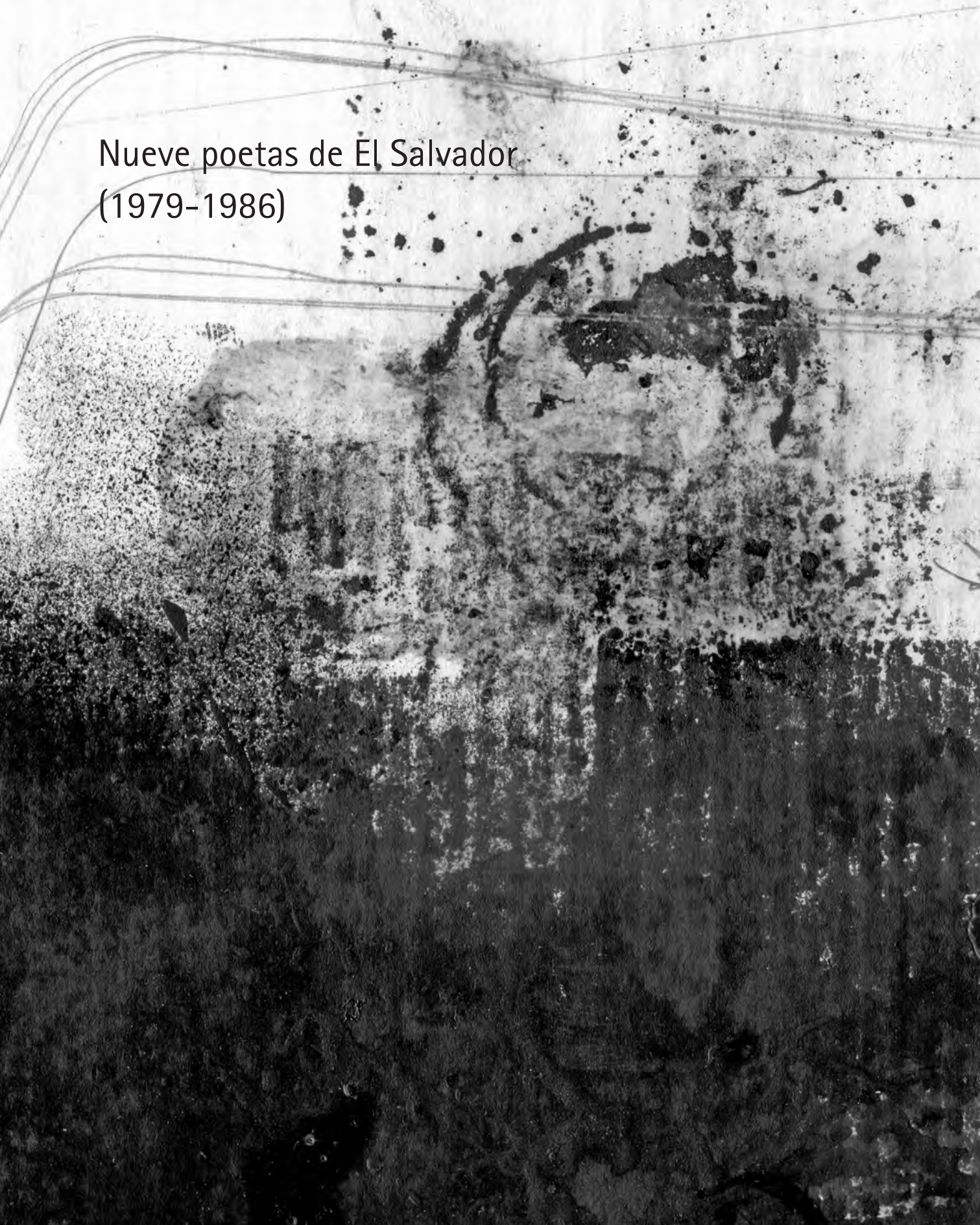
Miguel Huezo Mixco (San Salvador, 1954). Poeta, editor y ensayista. Ha publicado trece libros de poesía, entre ellos *Memoria del cazador furtivo* (San Salvador, Dirección de Publicaciones e Impresos de El Salvador [DPI], 1995), *El ángel y las fieras* (San José, Educa, 1997) y *Comarcas* (Universidad Tecnológica de Panamá, 2002; Universidad Veracruzana, 2004; y Maison des Écrivains Étrangers et des Traducteurs de Saint-Nazaire, 2004). En ensayo, *La pervisión en la cultura* (Arcoiris, 1999), *Un pie aquí y otro allá. Los migrantes y la crisis de la identidad salvadoreña* (Centro Cultural de España en El Salvador, 2009), entre otros. En 2014 publicó la novela *Camino de hormigas* (Alfaguara).



I am very glad to hear that you are
 doing well. I hope you are
 happy and healthy. I am
 writing to you because I
 want to know how you are
 getting on. I am well and
 hope to hear from you soon.

[illegible]

Nueve poetas de El Salvador
(1979-1986)



País mío no existes

Elena Salamanca

*Sólo eres una mala silueta mía
una palabra que le creí al enemigo.*

Roque Dalton, "El gran despecho"

La revista *Punto de partida* de la Universidad Nacional Autónoma de México publica en esta edición un *dossier* de poesía salvadoreña, de cinco hombres y cuatro mujeres nacidos entre 1979 y 1986; es decir, nacidos durante la guerra civil en El Salvador. Tienen como experiencia común entrar a la adolescencia en el tránsito de la guerra a la paz, vivir la juventud en las distintas posguerras, porque en El Salvador la posguerra es un proceso que ha atravesado diferentes etapas y preguntas. En la última década, varias publicaciones en Iberoamérica han incluido las obras de estos artistas (*4M3RICA*, en Chile; *Barcos sobre el agua natal*, en México; *Poesía ante la incertidumbre*, en España, entre muchas otras). La pregunta, la gran pregunta a la que estos autores se enfrentan, hecha sin vacilación o apenas insinuada, es una sobre el origen: ¿qué significa hacer poesía en uno de los países más violentos del mundo? La pregunta es ética y estética, y creo que la legión de artistas incluida en esta selección ha sabido contestar no con el discurso de lo común, sino con la escritura propia, con la voz auténtica de las entrañas.

La poesía, contrario a lo que pensaban los románticos del siglo XIX, no es nacional. Y me interesa decirlo porque, en este caso, ser salvadoreño tiene una marca muy particular: la de la violencia de la guerra o de las posguerras, la de la muerte, la del asesinato. Por encima

de estas caracterizaciones, lo que los poetas seleccionados tienen en común es el sentido que dan a su trabajo, su propuesta que ha encontrado finalmente voz propia entre las tantas voces. Buscar una voz para una generación de posguerra se parece mucho a la acción de entrar a una iglesia pentecostal en la que hablan, sin parar, quienes han sido tocados por el Espíritu Santo. Y hablan tantas lenguas a la vez, conocidas y desconocidas, tan disímiles, tan convergentes en el gemido o en el llanto, tan únicas y suyas.

Eso es lo que encontré cuando decidí buscar las voces de estos poetas. Pensaba que a lo mejor había una narrativa común de la experiencia de la guerra-posguerras; pensaba, tal vez, que podía haber una identidad nacional en la escritura, un repertorio de lugares, comunes por supuestos, para decir las experiencias vividas, para enunciar precisamente que existe UNA poesía salvadoreña.

Pero encontré otra cosa. Encontré, precisamente, esa iglesia copada por los tocados por un espíritu. Y en ella todas las voces posibles.

Miguel Huezo Mixco (1954) es quien apadrina estos trabajos. Como muchos otros jóvenes de su tiempo, sobrevivió a la locura de la guerra y la atravesó con una escritura para sobrevivir. Los poetas seleccionados en este trabajo tienen la importante peculiaridad de reconocer el pasado de la poesía del país en que nacieron, y

al conocerlo pueden situarse sin inconveniente en él. En Alberto López Serrano (1983) y Javier Ramírez-Nadie (1985) están las voces de los hombres que aman a otros hombres; en Nadie, sobre todo, se encuentra ese amor que es únicamente amor, vestido para una fiesta o desnudo. Roxana Méndez (1979) y Krisma Mancía (1980) tienen la facultad de transformar la violencia en una épica cotidiana. Luis Borja (1986) conoce la lengua del barrio y al escribirla entrega a quien lee una nueva reforma política del lenguaje como lo hiciera el cuentista Salarrué en la década de 1930. En Laura Zavaleta (1982) hay una recolección de la belleza, tan minuciosa que debe guardarse únicamente en un poema. Roger Guzmán (1981) y Vladimir Amaya (1985) provienen de una tradición poética que nace de la lengua y no de una idea de lo nacional. Y Lauri García Dueñas (1980) encontró el coro de América en los años en que ha vivido en México; su texto “América” es ese poema que está siendo escrito constantemente, hoy mismo, ya.

Sí, hemos creído los epítetos del país más violento del mundo porque lo vivimos todos los días. Desde 2015, quinientas personas han sido asesinadas al mes en El Salvador, en un rango de edades que va de los diecisiete a los veinticinco años. Este dato y tantos otros sobre desarrollo humano apuntan a que la poesía *salvadoreña* debería morir en sus intentos, o, a lo mejor, atravesar el camino de lo político y de la desgastadísima palabra *compromiso*. Pero hay otras tantas cosas por las que preguntar, tantos sitios en los que buscar. Sí, dentro de esta genealogía de la violencia, hay una metáfora para entender los procesos de la historia en El Salvador que precisamente viene de la poesía. El poeta Roque Dalton, asesinado por sus propios compañeros del Ejército Revolucionario del Pueblo en 1975, es aún un cadáver desaparecido en la impunidad que dan las instituciones del nuevo pacto ciu-

dadano, el de la paz. Esa experiencia, ese gran símbolo de los tiempos de la paz, es un lugar común para todos. Un muerto sin túbulo, un muerto desaparecido. Un desaparecido que es siempre único, que es una incertidumbre, un duelo no resuelto en una familia. Es eso que carcomió lo que llaman tejido social, un hilo en tensión constante que se ha roto en la posguerra en la misma figura de la desaparición, encarnado en esas madres que buscan diariamente, ahora mismo, a sus hijos desaparecidos por las pandillas.

Existe en El Salvador —en su literatura de hoy y de siempre, y supongo que en la de tantos otros rumbos— una ansiedad por una gran obra, una ansiedad por lo mayestático que nos ha retirado de lo sencillo y lo cotidiano, de la risa y de la entraña. Y creo que es aquí cuando se rompe la clave de pensar la literatura desde lo nacional. Porque aunque los autores de esta selección tengan mucho más en común con los de las demás repúblicas de Centroamérica, lo que tienen en común con ellos lo tienen también con los de otras latitudes y otros idiomas: la ansiedad, la incertidumbre, el miedo, la búsqueda de la felicidad, de la justicia, la locura, la risa, el amor.

La poesía cree, debe creer en ellos porque no puede creer en otra cosa, porque lo nacional es lo que nos ha mentido. Nos mintieron por igual con las palabras del enemigo, si lo pensáramos en clave de Dalton. La paz, el país para todos, el país con futuro, el pacto ciudadano. El vocabulario de la ley, el vocabulario del Estado, sonó demasiado, por tantos años, con tanto peso, que resultó hueco, corrupto, roto. Los autores de estos textos han permanecido en el tiempo que les ha tocado vivir sujetos a sus propios pactos y fieles a su propio futuro. Sólo el lenguaje, la transformación a partir del lenguaje, puede salvar en los países más violentos del mundo. ❶

Elena Salamanca (El Salvador, 1982). Estudiante del doctorado en Historia en El Colegio de México. Se dedica a la investigación sobre la historia intelectual y de los proyectos de unión de Centroamérica. Ha publicado los libros *Último viernes* (DPI, 2008), *Landsmoder* (Equizzero, 2011) y *Peces en la boca* (Editorial Universitaria, 2011; Proyecto Literal, 2013). Mantiene el blog *Landsmoder* en el periódico *El Faro*: <<http://losblogs.elfaro.net/landsmorder/>>.

Roxana Méndez

San Salvador, 1979

El instante, la vida

He tenido una buena vida:
una guerra de diez años
y tres terremotos
que echaron abajo la ciudad
y cumplieron la profecía
de la abuela,
quien meses antes
nos había anunciado
la destrucción terrible
con una voz que era la misma
con la que nos contaba
los dulces cuentos
donde todo era del color
de las avellanas secas.

Pero he tenido una buena vida,
apacible, sentada
a la mesa en el patio,
o escondida
entre los sacos de maíz,
a la espera que las detonaciones
cesaran, que las voces
cesaran, en la oscuridad
donde el mosquito

Roxana Méndez. Actualmente cursa el máster en Literatura Española e Hispanoamericana en la Universidad de Barcelona. Ha publicado los libros *Memoria* (Universidad Tecnológica, 2004), *Mnemosine* (DPI, 2008), reeditado en Suecia en 2011; *El cielo en la ventana* (Valparaíso Ediciones, 2012) y *Clara y Clarissa* (Alfaguara Infantil, 2012). Su obra ha sido antologada en España por la editorial Visor y en México por el Fondo de Cultura Económica y la Universidad Nacional Autónoma de México. En 2012 obtuvo el Premio Alhambra de Poesía Americana para obra inédita en Granada, España.

era un murmullo
que me hacía dormir.
El mosquito cuya picadura
no causaba la muerte.

Pero he tenido una vida buena,
un amor de mil años
verdadero y brillante
como oro que ha adquirido
la forma de un broche,
un búho de grandes
ojos blancos,
prendido siempre
bajo mi blusa, y por ello
una gota de sangre
es lo que queda
del pasado, una gota
suspendida
como un planeta frío.

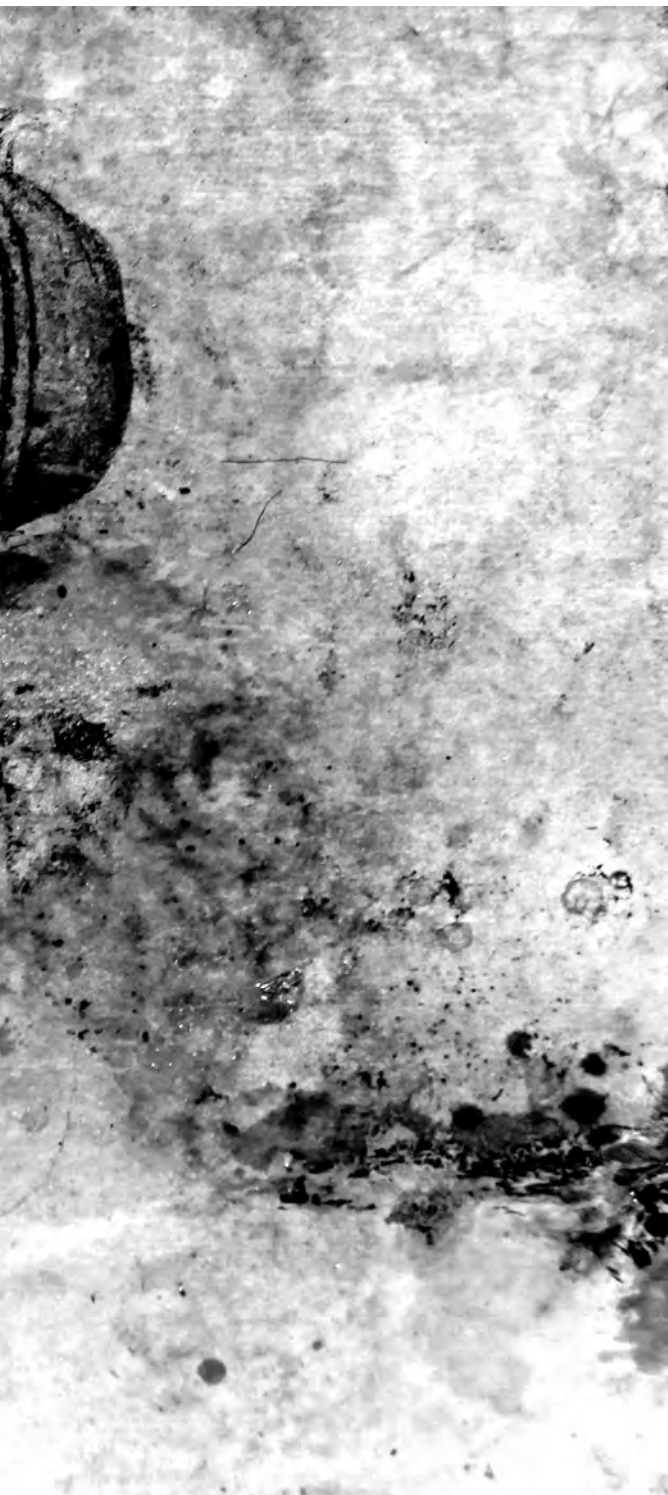
Pero he tenido una buena vida,
una vida donde la guerra
y el amor
han durado
los mismos años.
Una donde la muerte

me ha visitado poco,
y donde he visto el mundo
y he escuchado
los sonidos de las grandes
aguas y los enormes
valles, donde los cascos
del caballo criollo
y el venado me muestran
su extraña diferencia.
He visto y olvidado
lo que he visto
y vuelto a asombrarme
con lo que había sido
asombro una vez.
No me quejo.
Las aguas siguen
abrazando mis pies,
aferradas con toda su tibieza
a la brevedad que poseo.

(Inédito.)

Amapola





Presagio de la guerra

*Por la tarde resuenan en los bosques otoñales
las mortíferas armas, y en las llanuras áureas
y en los lagos azules rueda el sol más oscuro*

Georg Trakl

El silencio es una gota a punto de romperse
contra el suelo de piedra.

Detrás de las cortinas
pareciera que la vida se esconde
en el humo de velas que acaban de apagarse.

Lo que acecha en el bosque
es una voz sombría que avanza entre las hojas:
sílabas pronunciadas por hombres sin destino
que devoran la niebla.

El frío se avecina a esta casa que es una cicatriz
de lo que antes fue el sueño de una joven mujer.

Hoy la muerte deambula en los rincones
y se encuentra susurros que se escapan
y confunde siluetas en todas las esquinas.

Adentro, el miedo transita por la noche
como la oscuridad que se adentra en el pozo.
Afuera, el odio una vez contenido
se desata en el viento como una tempestad.

(Inédito.)

Las otras

La niña que fui besa mis labios.
Me muestra un muelle,
un mar, un puerto, un faro.

Me enseña a deslizarme por la arena.
Y me cierra los ojos,
y veo su presente, mi pasado.

Lo que mira esta niña
es lo que yo he olvidado.

La calle que camina
bajo mis pies existe como un rastro.

Si la veo alejarse
veo mi nacimiento, mi legado.

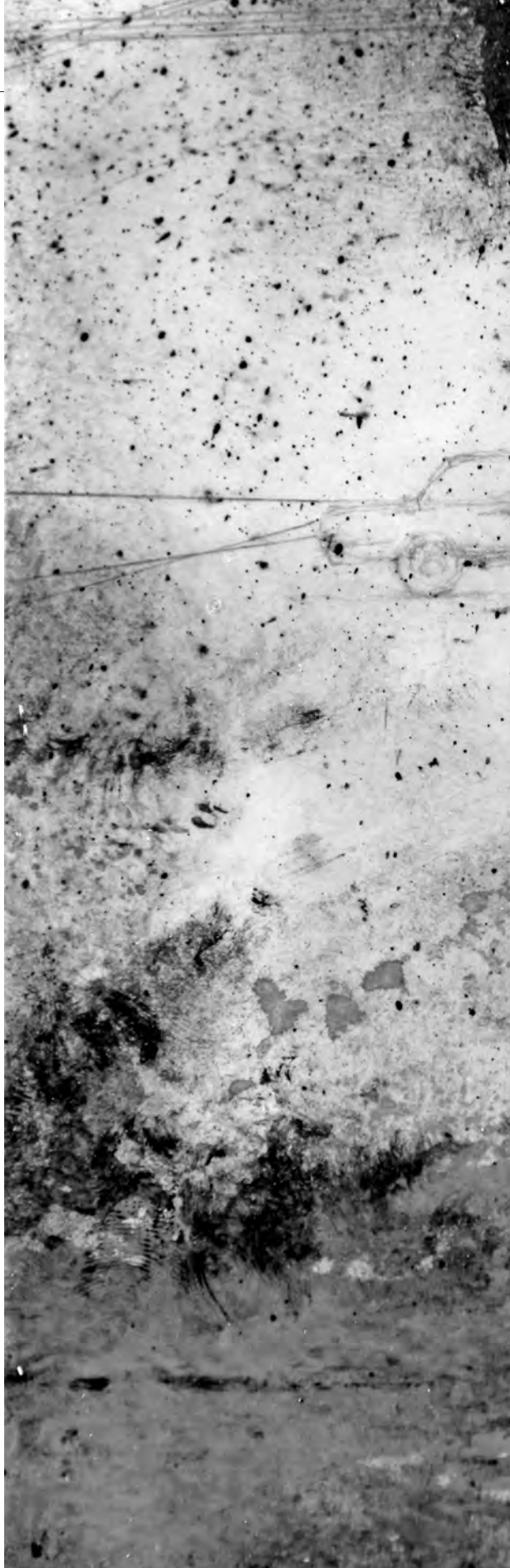
La anciana que seré me da la mano.
Una mano de fuego.
Una piedra de fuego con forma de una mano.

Atrás la brisa inmensa es una voz,
y el invierno en los árboles
suena como un susurro
que imitara un aplauso.

Y le muestro una casa, un muelle,
un puerto, un mar, un faro.

Lo que ha dejado atrás es lo que espero.
Mi casa llena,
su mundo desolado.

(Inédito.)



Soné que chocaste (detalle)

En el margen del cielo

Como un día de invierno
dejado atrás pero aún mío,
tu nombre yace en mis labios
como un archipiélago
sobre un mar rojo,

y cuando hablo
cualquier idioma del mundo
mi aliento te roza
como la luz más lenta del otoño
cuando pule
el contorno de las hojas.

He visto demasiados occidentes.

La jirafa y el león
escucharon mi voz
y volvieron a mirar.
Mi sombra se estiró
hasta alcanzar sus sombras
y nuestros ojos se encontraron
en el centro de la sabana
y del mundo
y en esos ojos míos
también estaba tu imagen,
tatuada en mi pupila
como un relámpago en la oscuridad.

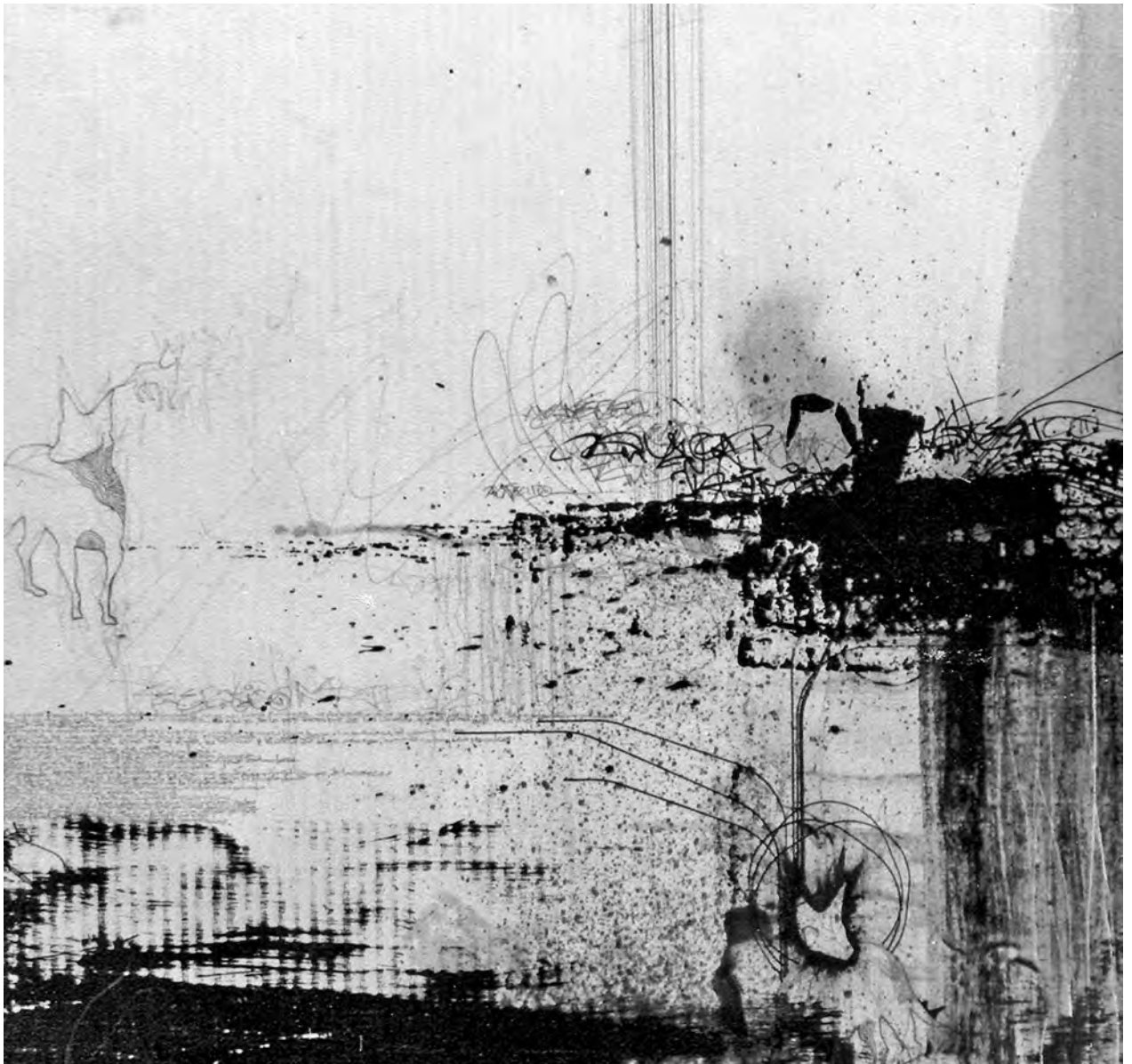
Toqué la piedra de mil años,
se sumergió mi pie
bajo siete mares distintos,
y aunque me fui
permanecí

en el mismo sitio siempre,
encerrada en el margen
de ese cielo semejante a tus labios.

Como un día de invierno o de verano,
tu cuerpo es mi horizonte,
el límite infinito
de mis ojos cerrados.

(De *El cielo en la ventana*, Valparaíso Ediciones, 2012.)

Los sueños blancos, 2



Krisma Mancía

San Salvador, 1980

I. Los infiernos

Cuántos infiernos hay en un corazón.
Cuántas ventanas abiertas en un cuerpo.
Cuántas llaves nacieron. Cuántas palabras
bellas y nuestras llegaron a sus casas.
Aquí está el hombre nuevo hecho en amargura.
Hombre nuevo para el azote y el frío.
Hombre nacido de las mujeres pardas
que son infelices con sus hijos sucios.
Vosotros, guerreros, bestias de los mares,
se llevan los verdes labios de la tierra
y cruje la cosecha cruda del cielo.
Cuántas ciudades pretenden en sus sueños.
Cuántos muertos cobijarán a la muerte
cuando sus manos se cierran a la vida.

II. La memoria de la tierra

Estoy mutilada para la belleza y la perfección.
Estoy dividida como las estaciones del año.
Estoy prohibida. Manchada. Vendida.
Estoy para la guerra: maldecida y cruel.
Estoy dura como una piedra y dorada como una lágrima de oro.
Soy la tierra que no tiene memoria en la tierra.

La tierra rota. Tierra derrotada.
Tierra que cubre la boca de los niños
que parten al otro lado de los ríos.
Soy tierra cansada.
Tierra con sed de cosechas.
Tierra de dioses muertos.
Tierra hambrienta de corazones tibios.
Nadie me besa. Nadie roza mis hombros.
No tengo fondo. No tengo edad.
¿Quién me ama?
¿Quién quiere morir conmigo por la belleza de las flores?
Morirse con los brazos llenos de amor
como cuando la noche se agota
y se pierden los nombres de las aves.
¿Me amas?
Huye conmigo
y te prometo inventarte.

III. El sacrificio

Duerme.
Mañana tendrás otra sed.
Duerme.
Nadie te prohíbe equivocarte.
Me tienes a mí
que me mutilo cada vez que me equivoco.
Te ruego que no sigas mi ejemplo,
es demasiado doloroso no soñar
y los que no sueñan atraen la sequía.
Duerme.
El sol ha quemado el aire,
la vida nos ha dado la espalda
y la tierra reclama mi carne.
Mañana nos encontraremos en el principio del fin

Krisma Mancía. Estudió Letras en la Universidad de El Salvador, y Teatro en la Escuela Arte del Actor. Ha publicado *La era del llanto* (DPI, 2004), *Viaje al imperio de las ventanas cerradas* (La Garúa, 2006; I Premio Internacional de Poesía Joven La Garúa 2005). Su obra ha sido publicada en El Salvador, Nicaragua, España y México.

y si la vida es justa, yo me moriré primero
pero antes te haré peligrosa como el filo de un cuchillo.
Te daré mi fuerza. Te daré mi sangre.
Te armaré para la guerra.
Y dentro de tu vientre,
confundido entre tus entrañas,
nuestro hijo crecerá seguro como un narciso blanco
y tendrá mis manos: grandes y suaves.
Nacerá con escamas de bronce,
sujetando el arco
y mamando la gloria de tus pechos.
Duerme.
La casa es demasiado estrecha
como para seguir acomodando más lágrimas.
Afuera hay un rumor de que caerá mi cabeza
como una pequeña lluvia.
No necesitarás nada. La cosecha crecerá
y la tribu te bendecirá, pero déjame dibujar mi sombra en la pared
solo para que mi hijo conozca
al elegido,
al sacrificado,
al hombre entero que fui.

IV. El hilo

Corazón que envejece
mira qué viejo estás de tanto llorar,
de tanto callar.
Llora por dentro y duele
llevar esta laguna íntima
que nadie ve, porque la elegancia del luto
es la resignación,
porque la distancia que me divide de los muertos
es tan mínima y poderosa como esa aguja
que traspasa tu sombra.

V. Lo imperfecto

No hay otro hogar que el fuego.
Ni otra textura que el azul.
Ni otro cadáver inmenso que el mar.
No hay otro cuerpo que me derrame,
ni otra boca que me beba completa,
ni otra lluvia que sepa reconocerme.
Esto de amarte
es un defecto de nacimiento.
Una anomalía de fábrica.
Algo que se lleva adentro
(imperfecto, ilógico, sucio)
como la poesía.

(Todos los poemas son inéditos.)

p. 26: *Los sueños blancos*, 13



Lauri García Dueñas

San Salvador, 1980

América

(fragmento)

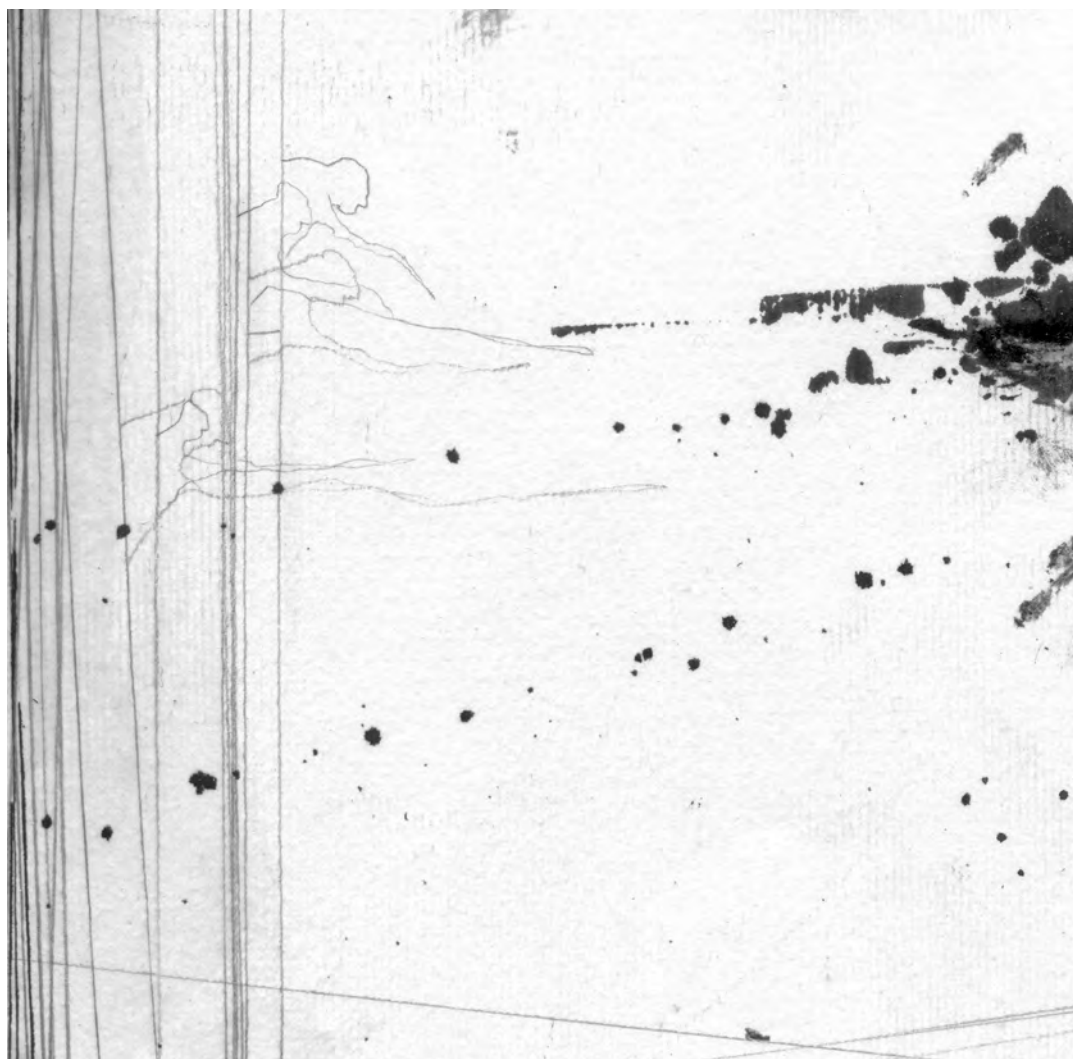
América es el libro que aún no se ha escrito
aunque tal vez no sea la persona más adecuada para hacerlo
voy a escribirlo yo
mientras digo “nada” y espero que tus dedos elucubren una selva
o el reduto de tu voz abra mi pensamiento en dos
siempre hay un vocativo
una calle con nombre propio
un tres de espadas
el ruido de los coches
una pulsión
un lápiz de labios rojo asediando la madrugada
para luego ser una mancha de partes borrosas que provoque
un espacio hueco en el plexo
siendo el sol
un dios fugitivo
algo desnudo e inacabado
como el ruido marítimo del Viaducto
o la escritura: libre interpretación del frenesí
escribir con fruición los bordes de todas las cosas sin dios
la primera mancha de sangre menstrual en una pared de piedra
ella vino para separarnos y obtuvo tus palabras de árbol
la conquista es siempre pública
de nada sirven los celos frente a las jacarandas y las ventanas

Lauri García Dueñas. Poeta, escritora y periodista. Maestra en Comunicación y Cultura por la UNAM. Ha publicado los poemarios *La primavera se amotina* (elcuervo, 2005), *Sucias palabras de amor* (Fridaura, 2008), *Del mar es el ahogo* (Praxis, 2011; XVII Premio Interamericano de Poesía Navachiste, Sinaloa, Jóvenes Creadores) y *El tiempo es un texto indescifrable* (Proyecto Literal, 2012), así como las *plaquettes Cuaderno africano* (Casamanita Cartoneira, 2014) y *América* (Kodama Cartonera, 2015), entre otras. Además, es coautora de los libros de investigación periodística *Tribus urbanas en El Salvador* (AECID, CCESV-El Faro, 2011) y *El asesinato de Roque Dalton. Mapa de un largo silencio* (Aura Ediciones, 2012). En 2011 incursionó en el teatro con *Mientras más se grita menos se mata* (adaptación y texto). Parte de su obra ha sido traducida al inglés, al catalán y recientemente al alemán y al árabe. Es catedrática de la Universidad del Claustro de Sor Juana. Mantiene el blog <laurigarcialuciernaga.blogspot.mx>.

fui olvidada
 este continente es mi abuela y su locura senil
 mi cuerpo acompañándola a las cuatro de la tarde
 mi recuerdo queriendo que no golpeen a mi abuela
 por esa locura senil
 las hormigas ahogando la sangre de mis tobillos
 el Abasolo y los asteroides que cayeron en el desierto
 la mancha lunar repetida
 el sexo en el jardín de la muerte y las guayabas
 los aspersores encendiéndose en el norte de México
 mientras otros harán de la noche el ruido del roce
 y vos te quedarás gritando el nombre del lugar en la madrugada
 no me detendré todavía
 no me corresponde
 América es tan larga, vocativo
 lo que he intentado decirte es tan hondo que no puedo
 que me vuelvo estalactita esa palabra repetida
 frente a tu presencia-carne
 carne que no entiendo qué lugar ocupa en mi territorio
 mi territorio escribiéndote a deshora
 con la ropa inadecuada para las exigencias de este “mundo”
 tan distraída la grafía que no aterriza
 como los helicópteros militares que nos acechan
 ¿qué es un continente? ¿quién es una lengua?
 ¿a quién le corresponde decirnos los países?
 ¿quién determina esta música que nos hace temblar la boca?

¿cómo podremos salvarnos si aún nos corresponde descubrirnos?
 a nosotros que podemos ser dos o 520 años de equívocos
 y a veces sangre sólo a veces
 algo tuyo está creciendo
 porque la vida germina en el momento menos esperado
 y te descubre escribiendo de noche la crueldad de los otros
 ¿cuáles otros?
 texto que se pregunta a sí mismo y se muerde la cabeza
 América: posesión entre los sobresaltos que nos llevan al norte
 regresa completa al desierto que se descascara entre tormentas eléctricas
 pensar que una pasión es irrepetible nos ata
 tal vez sea el momento de desenterrar los pies
 dejar en este mareo en esta cosquilla íntima

Barca + silueta



lo que somos si somos algo
 un monumento nacional que es la casa de los espantos
 líneas disgregadas que marca el aire
 luna de pedazos en visión aérea y amarilla
 continente colección de callejones huesos
 de alambres noches
 documentación: innecesaria
 imágenes: cuántas imágenes caben en tu cárcel
 ¿la tinta que necesitábamos?
 la mancha
 ¿qué mancha?
 por qué dicha denominación
 los hoteles ya no me esperan como antes



estoy tratando de recuperar la química de mi humedad
para que los labios puedan avanzar
inteligible dice el padre de América
ininteligible digo yo con un vestido de largas mangas y cuello alto
el viaje no es la transportación
camisetas con imágenes de cerdos al norte del territorio
cruzar la línea
disgregarnos
decir palma de la mano
turbulencias
enfermedades del alma
voces que interrumpen el relato proponen algoritmos
algo-ritmo
no presumas del lenguaje
¿nos sobran los verbos americanistas?
nos sobran
ésta es la escritura que necesito
éste el viento agitado de los cielos que nos espera
y que ojalá nos coloque en tierra firme
en tierra firme los dedos
mientras
América flota de la mano de una banda de aeromozas con capitas moradas
dónde estás a estas horas
la música revienta sus propias bocinas
no estoy sola
lo estuve
no me cobijaste
no diste de comer al hambriento
no me brindaste el pan de tus manos
no me visitaste cuando estuve en la cárcel y te escribía
la vida es una cárcel
qué grande es la vida
qué grande es nuestra cárcel, América

(De *América*, Kodama Cartonera, 2015.)



Roger Guzmán

San Salvador, 1981

El señor de los ejércitos

El señor de los ejércitos cubrió la tierra con banderas de sangre que ondulan en el agua.
Suspiros de luz ondulan en el ruido y tambores de fuego que minan los caminos.
Un campo de casas destruidas avanza hacia el cielo con su paso de luciérnaga.
Tiemblan los niños sorprendidos por sus voces y su sangre abandonada por su carne y sus huesos.
Olas de ceniza brotan de mis ojos. Silencios iracundos golpean las gargantas.
Mis lágrimas se ahogan en los escombros de la noche. Todo es ceniza debajo del cielo.
Ceniza sin fin que muere de sed y no duerme nunca,
Ceniza de invierno que arroja su bramido entre las olas de máquinas,
Que muerde nuestros ronquidos
Y expande su honda seca y forja al hueso fundido en las vertientes de la niebla.
Un fuego que es el aire y se alimenta de nosotros,
Que surge de entre el fuego para quemarse a sí mismo.
Rosas hechas de espinas desde el pétalo hasta la raíz.
Sombras de luz que se deslizan en sus fluidos.
Madre hecha de sueños que sueñan que sueñan,
De todos los padres regados por la tierra,
De todos los hijos clavados a tu cuerpo,
De toda la sed y dolor de cabeza de tanto apretar los dientes para no morderte.
Madre, del polvo vengo al polvo voy:
Soy ceniza que nace y vuelve a morir,
El miedo en carne viva,
El miedo a vivir, el miedo a estar muerto,
El miedo de todo, hasta de tener miedo,
El miedo de mí mismo, el miedo. Madre,

Roger Guzmán. Estudió la licenciatura en Matemáticas en la Universidad de El Salvador. Ha publicado las *plaquettes* *Un sitio sin lugar* (Equizorro, 2010) y *Me ahogo, me ahogo, me ahogo* (Editorial Chifurnia, 2015). Su obra ha sido incluida en las antologías *45 poetas. Antología* (Revista Cultura 94, DPI, 2007), *Una madrugada del siglo XXI* (Vladimir Amaya, edición de autor, 2010), *4M3RIC4. Novísima Poesía Latinoamericana* (Ventana Abierta Editores, 2010), *Memorias de la casa* (Índole Editores, 2011), *Las otras voces* (DPI, 2011), *Apresurada cicatriz. Instantáneas de poesía centroamericana* (Proyecto Literal, 2013).

Despertate que muero si dormís,
 Qué sueños tenés que muero si soñás
 Qué perro te mordió en el cordón umbilical,
 Qué rabia es esta que recorre nuestro cuerpo.

Los valles en tu herida repiten el lamento de tu nombre clavado a una cruz.
 La flama de tu sangre se descompone presa en el vacío del sabor de tus llagas.
 Pequeños ataúdes ardientes de deseo saborean tus piernas quebradas lentamente.
 Una multitud vestida de rojo pinta las calles con tu sangre.
 Un hombre parado en el fin del mundo intenta demostrar que el mundo no tiene fin:
 Abre una puerta que llora como un viento ahogado en su propia voz,
 Que grita que su corazón es un hueco, que todo el mundo lo es,
 Que cada puerta es un hueco con su siseo de máquinas que nos reproducen
 Y nos fabrican con nuestras ganas de piedra y nuestro fuego metálico,
 Nuestro *ay mísero de mí, ay infelice que muero porque no muero, porque la muerte es parte de la vida, ojalá no lo fuera,*
 Un hueco que es una puerta que lleva a otra, que lleva a otra sin parar,
 De las que nacen mujeres ensangrentadas, todas ellas un embrión en estado de embarazo,
 Abandonadas en la delgada línea de un sol en el rincón más escaso de la mudez,
 En la tísica e interminable garganta de la ciudad,
 Donde cada respiración es tan frágil como cada segundo,
 Donde elevás prófugos pedazos de alma desde el fondo de tus lunas
 Y expandís el desierto enmarañado de tus cabellos
 Profundamente invisibles,
 Profundamente atados a los gastados reflejos en el eco del mar,
 Como el azul desgarrado por la oración de la niebla...

(Del libro inédito *Óxido, pena y verdugo.*)

Laura Zavaleta

San Salvador, 1982

AL PRINCIPIO SÓLO ESTABA LA GUERRA
grande y medita-bunda, como el cuerpo de una madre
yo la miré con mis ojos chinos
y ella se extendió a lo largo del cuarto
se instaló dentro y afuera
y comió en nuestra mesa un buen plato
con las tripas de los parientes muertos.

“Este país me da miedo”, dicen los niños más tiernos
las niñas sólo miran, tratando de cantar
pero se quedan ahí, acurrucadas y descalzas
jugando con una flor
que casi se les cae de las manos.

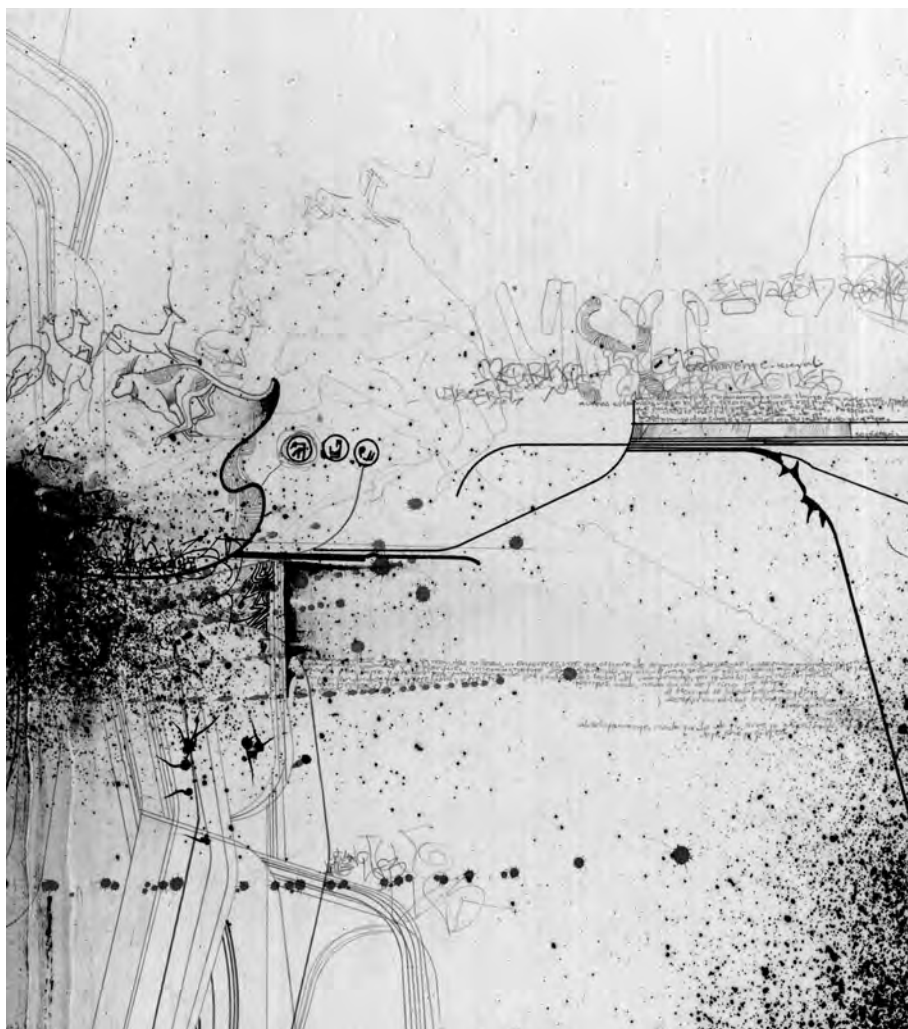
He seguido viendo fotos
de paisajes de mi país que no conozco
hay una manta blanca que se extiende como mortaja
y más allá corre el río, no lo conozco, pero corre
desemboca con gran fuerza sobre el mar
como el cielo con nuestras esperanzas.

La gente se tapa la nariz en las fotografías
parece irse también con toda el agua
y los cuerpos que ella arrastra
no sé dónde
parecen irse.

Laura Zavaleta. Poeta y editora. Es licenciada en Economía por la Universidad de El Salvador. Ha publicado *Sentada sobre todo lo imposible* (Editorial Universitaria, 2011). Su obra aparece en las antologías *Las otras voces* (DPI, 2011) y *Voces de mujeres en la literatura centroamericana* (Universidad de Alcalá de Henares, 2012), entre otras. En 2006 obtuvo el primer lugar del certamen Letras Nuevas en la rama de poesía.

Yo he visto a algunos desde aquí, desde mis ramas secas
desde mi techo recién llovido
donde me subo a ver el horizonte
a clavarme vidrios en la garganta.

(Inédito.)



Los sueños blancos, 15

La puerta está cerrada

Pienso en la anchura del cuerpo de mi madre,
en las pequeñas flores que corren
como hormigas en su cuerpo,
como mancha y boca negra abriéndose a la boca
negra y estrepitosa que es el universo entero.

Pienso en las estrellas que han enterrado sus ojos
los pequeños ángeles que llegan a su oreja
y le dicen ahí sílabas de acoso y miel,
obscenidades.
Se cuelgan, donde a ella le nacen
cornamentas luminosas
antenas de polvo y música, su hambre
de madre despampanante.

No sé si mi madre comprende mis razones
de estirar hacia atrás y hacia delante
estas preguntas como un acordeón desmedido
o una sábana de fibras confusas que se limpia con esmero.
Ella podría
yo digo,
acercar la luz a su cuerpo
y tratar de comprenderme
yo sé que ella es muy clara hacia adentro
pero de su piel nada se sabe
y la puerta está cerrada
también cierra los ojos.

(Inédito.)

Milkman

Mi padre, mi amigo, mi amante.

Tres.

Me hacen dormir,

mecen la cuna de mis espejos.

Tiran los vidrios bajo mis pies.

Tres.

Me traen frutas asombrosas

del tamaño de mi estómago y mi útero.

Mi padre es el mejor

Siempre habla con fuerza y voz pausada, siempre llega a preguntarme

en qué espacio me caben los pies

que si rezo los domingos

todas esas cosas

de anfetaminas, humos

de manos y lámparas encendidas sobre mi vulva.

Yo llegué a llorar por el olor de sus pestañas

de ver sus ojos extrañados que leían mis páginas blancas que tenían
las orillas azuladas.

Seguramente mi paz no es su paz

y su guerra no es la que yo libro

pero él trata de apagar los ojos.

Una vez me sacó de la vía láctea

de los jugos de limón de los domingos, yo era una niña

muy mimada

pero él estaba como el viento.

No hubo una hija antes que le enseñara el rumbo de las hijas.

Entonces yo le digo: hay una calma entre una guerra y otra

y ése es el espacio para un beso tuyo.

Entonces mi padre mece sus pestañas

con un viento o una lluvia

y se le mueve el corazón, como un pequeño terremoto.

Mi amigo es una cosa
mucho más simple.
Con él buscábamos el vacío,
los ladrillos falsos
y las preguntas de los blancos en los libros.
Copiábamos las citas de los noticieros
y por la tarde comíamos bajo los árboles hermosos.

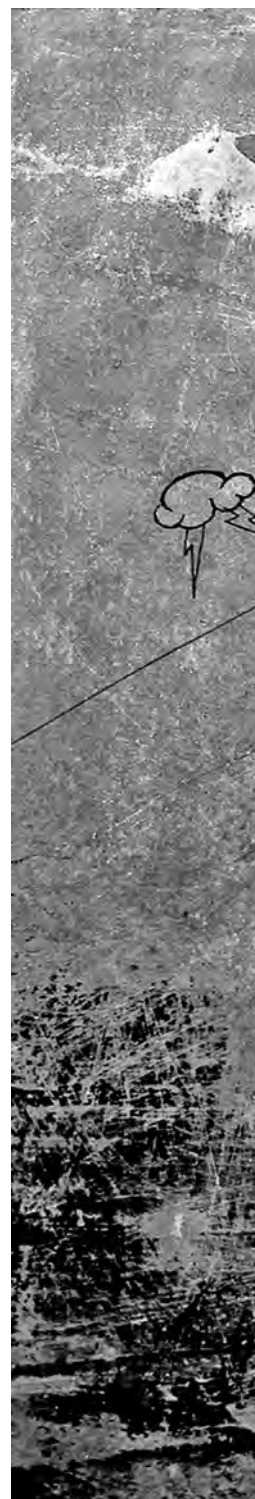
Se fue sin decir palabra.
Sin pedirme una.

Mi amante es una cosa mucho más confusa
Me genera un sentimiento de herida musical
Y es que sus labios son hermosos y sus dientes afilados
Cuenta poemas épicos que a nadie le interesan
Y son tan inútiles sus palabras que sólo pueden mecerse con el viento
Cortadas a lo largo como pomelos incendiados
son las cosas que me dice
me deja mirar
esas ideas fluorescentes un momento
desconocidas, contundentes
como esas frutas que caían antes por acá
me dejan hecho mi espejo en mil pedazos
en mil mordidas
después del ataque animal

mi padre, mi amigo, mi amante
tres cuchillos finos
embadurnados de jugo de mango

(Inédito.)

Llueva, truene o relampaguee





Alberto López Serrano

La Libertad, 1983

Odiseo

Pobre Odiseo,
finalmente en casa,
y no está,
las paredes volviéndose viento
y el piso escarbando con sus raíces:
¿no es que eran de agua los desvelos de antes?

Tantos años para darse cuenta que su piel es como la tierra:
vulnerable,
como estar para usarse públicamente,
y cuelga en las ventanas una fotografía de sus manos,
aquellas manos de tejer y destejer.
Hoy navegan el océano,
y el pobre Odiseo es un espantapájaros de madera
que cae como grano en el cemento.

Y recuerda el encanto en Circe,
Calipso: el paraíso...
Pero Ítaca es esto:
una cama que espera,
vacía,
sin las manos que tejen y destejen:
como cualquier lugar de extraños y alas rotas,
con el sol quemándole las carnes,

Y se aleja más y más por el mar...
y Odiseo plantado en las esquinas de Ítaca:
punto muerto,
prendiendo las farolas,
vagando en su propia tierra ajena,
coleccionando cantos con adioses,
pinchando la memoria con un catálogo pueril de recuerdos,
y un abierto y amplio camino de lágrimas
como un tapiz de todo lo que falta.
Pobre Odiseo,
si por lo menos supiera tejer...

● de partida 43

Dionisos no

No me abrases, Dionisos.
No tienes en tu voz la trampa de los días.

Quisiera reinventar el calendario.
Morder los meses, masticar relojes de arena.
Quizás conjeturar un nuevo siglo de abandonos.

Mejor sería que la noche fuera para siempre.
Su estrellado arrullo nos vuelve siempre primitivos.
El ruido lácteo de las cosas nos reclama y nos arroba.

No haces falta, Dionisos, para el salto.
No tienes en tu voz la trampa de los días.
Déjame vaciar las cráteras de las horas,
perseguir de nuevo las agujas y los números,
vaciar los ojos y correr a tientas, Dionisos,
perseguir las manos que me van halando hacia el desierto,
vaciar las manos de palabras resacas,
perseguir onagros dorados por los desiertos arenosos.

Mejor tomaré el vino del acto de la oscuridad
o al menos cantaré el poder del perro.

(De *El domador de caballos*, Alkimia Libros, 2013.)



Vladimir Amaya

San Salvador, 1985

Las niñas

Las niñas y sus cajas musicales.
Las niñas y sus gatitos muertos.
Las escucho reír
si coloco mi corazón junto a la lluvia.

Tan sedientas ellas, y son de agua.
Tan incendio en el torbellino, y son de espuma.

Ellas saben cantar de grietas en el rostro.
Conocen el peso legendario de la lágrima
y extraen de la piedra la pluma verde del tiempo.

No saben de puertas, pero sí de puertos
donde han dicho adiós a sus pálidos enamorados,



Vladimir Amaya. Licenciado en Letras. Fundador del extinto taller literario El Perro Muerto. Ha publicado los poemarios *Los ángeles anémicos* (Equizzero, 2010), *Agua inhóspita* (Colección Revuelta, 2010), *La ceremonia de estar solo* (Leyes de Fuga Ediciones, 2013), *El entierro de todas las novias* (Editorial Universitaria, 2013), *Tufo* (Laberinto Editorial, 2014) y *La princesa de los ahorcados y otras creaturas aéreas* (DPI, 2015). Además, las antologías *Una madrugada del siglo XXI* (Edición de autor, 2010), *Perdidos y delirantes. 36-34 poetas salvadoreños olvidados* (Zeugma Editores, 2012), *Segundo índice antológico de la poesía salvadoreña* (Editorial Kalina / Índole Editores, 2014) y *Torre de Babel. Antología de la poesía salvadoreña de antaño* (Equizzero, 2015). Se dedica a la docencia.

y viven tanto frío de violines
y mueren tanto de lodo en los inviernos.

Las niñas, sus calles minúsculas
tan manos que caben en otras manos.
Sus basílicas de dientes puros.
Niñas cabello marrón como el eucalipto del día.
Mastican la hoja tardía de la marea.
Su paladar se quiebra. Nadie se percata.

Abrazadas a su naufragio de ternura
reconstruyen a golpes de muslo
el sueño del más triste.

(De *La princesa de los ahorcados y otras creaturas aéreas*, DPI, 2015.)



Almuerzo en Moquishuat

El titán menor

Mi padre, héroe de guerra con problemas de hemorroides,
pide al cielo por primera vez morir en serio.

Él estuvo en medio de las granadas,
del ruido a tren descarrilado de los proyectiles.
Perdió a su mejor amigo
(La Guardia lo golpeó hasta reventarlo en el 85)
y a una novia suya la decapitaron en el 89.

Ahora a sus manos se las ha comido la vergüenza de no matarse.

Padre no soporta las luces de las pantallas electrónicas de la ciudad.
Han deformado, dice,
su vecindario de niño
para convertirlo en centros comerciales.

Mi padre no puede con esta guerra de la paz ensangrentada,
con estos días digitales que escapan de sus dedos.
No puede, dice, y duerme por horas soñando que se muere.

Si despierta, come yogurt light —único consuelo,
y maldice a los traidores que ahora son personajes públicos.

Hijo perdido, mi pobre padre.

“¿A dónde está el valor de la vida?,
¿por qué se ha de luchar ahora?”,
me pregunta muchas veces
mientras sostiene la bolsa de papitas fritas en oferta.

Miserable mi papá,
con dos hijos, una esposa, un perro
y sin nadie a quien dispararle.

Sentado en la acera de la casa,
aún me habla de esa lágrima que un día lo lloró en las montañas.

(De *Sentado al revés*, inédito.)

Melodía sorda

La niña no quiere sentirse hermosa.
Nos habla del gusano porque ha estado en su agujero,
y fatigada ha caído con la lluvia
para entender, de rodillas, las perversas luces de este mundo.
Las luces le han tirado de los cabellos,
le han rasgado los brazos,
y podemos oler esas heridas en nuestras lágrimas.

Ha conocido lo atroz.
Ahora es un pedazo de pan en la insaciable hambre de su ausencia.
Habla, y arañas bajan de sus palabras a envolver en telas nuestro silencio;
arañas bajan de sus palabras,
y sus palabras no dicen, y sí estrujan.

Sus labios
pudieron haber sido otro cielo, haber dicho otras distancias.
Su cuerpo habría asumido fecha y hora para encender la vida,
pero en sus años, los siglos de Dios se detuvieron.

Ahora el nombre de la niña es una plegaria.

Una plegaria y nada ha pasado,
como si nada se hubiera dicho en la plegaria.

La niña se queda con nosotros.
Se queda:
lento fantasma ardiendo de frío.

(De *La princesa de los ahorcados y otras creaturas aéreas*, DIP, 2015.)

Límpidos

¡Oh, la paciencia de las almas nobles!

Oswaldo Escobar Velado

Hombres y mujeres emergen de la basura
a limpiar las mugres de la ciudad.

Los has visto
irreconocibles bajo las capas de sudor y grasas fétidas;
recogen las porquerías,
lo que sobró, lo que no volverá, lo que no hizo falta.

Y mientras dura la calle
peinan el pus de esta región salvaje:
limpias antes las aceras de San Salvador
que las manos de sus hijos a la hora de la comida.

Los has visto cargando camiones con los desechos de nuestras cotidianidades,
levantando animales muertos de los excrementos de los indigentes.

Los has visto al final de los desfiles, limpiando,
maquillando los genitales de concreto de la capital.

Los has escuchado maldecir la roña y la suerte
al llevarse, junto con las legumbres podridas del mercado,
algo de nuestra alma echada a perder.

Y lo sabes,
los has encontrado hasta muy tarde
barriendo las cunetas,
arrancando las costras de la inmundicia
y la de su propia esperanza;
los conoces
son mujeres y hombres,

de hígados, de riñones, de intestinos
acechados por bacterias alienígenas.

En nuestras plazas
lavan la sangre de los atracadores y la de sus víctimas;
los orines, los vómitos
de los alcohólicos,
para que el alcalde aún pueda sonreír ante las cámaras de televisión.

(De *Sentado al revés*, inédito.)



Nadie

San Salvador, 1985

CAIGO.
Vestido de novia.
El agua no me jala
ni me empuja.
Soy yo el que caigo
y todo el aire dentro de las capas y capas
de tela y más tela del vestido
disminuye la velocidad con que caigo
sumergido.

Caen conmigo ocho juegos de vajilla
todos iguales,
todos sucios.
El agua les arranca las sobras de comida
pero no los lava.
Les arranca los excesos de salsas
para que lleguen más rápido
al fondo
donde imitarán corales muertos
y mosaicos polvorientos.

Finas hileras de aceite doran la escena,
un poco nada más,
mientras buscan la superficie.
Veo el turrón desprenderse de los platos
asquerosamente bello

Nadie. Artista multidisciplinario. Publicó el poemario *Aun los espacios vacíos tienen aire* (CCESV, 2009) y ha aparecido en antologías como *Una madrugada del siglo XXI* (Vladimir Amaya, edición de autor, 2010) y *1.000 millones* (EMR, 2014), esta última publicada en Argentina. Ha expuesto su obra visual en el Museo de Arte de El Salvador; Teor/ética, San José, Costa Rica; Instituto de Visión, Bogotá, Colombia; y El Museo del Barrio de Nueva York, entre otros. En 2011 recibió la Residencia Artística para Creadores de Iberoamérica y Haití en México (FONCA-AECID). Nadie es Javier Ramírez.

—vómito
espiritual—,
prendiéndose en mi velo.

De las copas, se escapa el vino.
De los vasos, la gaseosa.
Los desperdicios de ensalada suben;
suben los restos de mayonesa,
las migas mojadas de pan sin dirección,
las burbujas.
Sube mi reflejo en las burbujas para explotar
arriba.

Me fijo y soy un monstruo
marino.
Lo parezco y soy
un monstruo.

Los peces han venido
a ver mi caro banquete
escapar.
Los peces
se comen las últimas migajas en mi vestido,
se empiezan a comer los hilos
y se acercan más
a mi piel,

a mi pelo,
se lo van comiendo y se comen mis pestañas,
el color miel de mis ojos y el verde,
el pene,
la piel,
la carne desangrándose,
los intestinos amarillos,
el cerebro palpitante.

Los peces
me devoran
y me hacen más grande.

Ahora soy enorme,
más que nunca.

Soy del tamaño de la distancia que los peces recorran.
Soy del tamaño de la distancia de los lugares donde los peces
me caguen.
Soy del tamaño
de la distancia
que abarque mi esencia
diluida en el agua.

Soy del tamaño del mar.

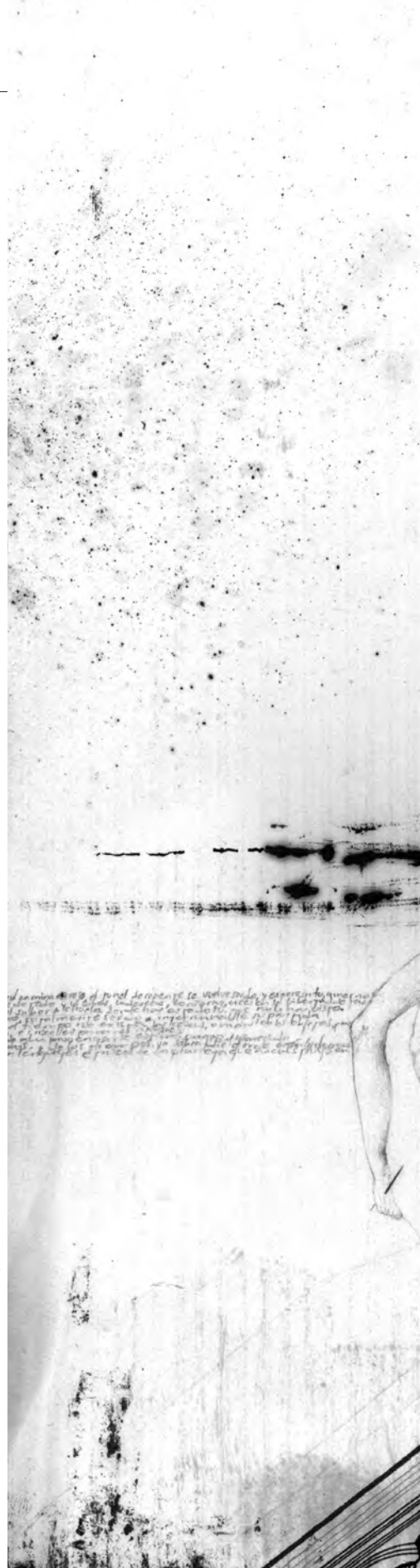
Soy del tamaño del mar que fotografiás.

Soy del tamaño del mar donde te bañas

desnudo. —

(Del libro inédito *Las arpas*.)

Los sueños blancos, I



MI HIJO

es mi niño, mi novio;
 es mi padre, mi marido;
 es mi amante, un hombre, un niño.
 No es mi tío.
 Es mi sobrino.
 Mi primo no es mi tío,
 es mi amante, mi marido, mi padre
 es mi vecino.
 Mi padre
 es mi asesino.
 Mi novio,
 hombre así nacido,
 es mi esposo, mi primo,
 es mi amigo.
 Es un niño mi abuelo,
 es mi hijo no nacido,
 es mi maestro,
 representante de los desvalidos,
 de los menos favorecidos.
 Mi marido es mi marido.
 Mi marido es hombre, niño.
 Mi novio es mi padre,
 es mi amante,
 mi asesino,
 mi amigo.
 Mi hijo es mi novio mi padre mi
 amante.
 Mi niño es asesino.
 Mi padre desvalido
 es mi amante por vencido.
 Mi hijo es mi cantante favorito. —

(Inédito.)

el agua – el sonido – el aire

un muchacho se sienta a la orilla del país y se siente bien
quizás en la orilla de la playa no se siente tan adentro
quizás sabe que el agua que lo baña no está dentro de la línea del mapa dibujado mentalmente

imagina que la frontera del sur termina en la arena
que la frontera es aguada y no detiene
que la frontera se diluye con el paso de las piernas
y por eso entra a la sal con lodo
y por eso se siente

ve el mar
no sabe que añora

se mueve igual el mar
igual que antes de que los hombres comenzaran a moverse
y él
hombre
se queda quieto cuando lo ve
porque sin saberlo respeta el movimiento que precede al suyo
que el suyo es el más nuevo
de los movimientos que se imponen

dentro de las fronteras
no sabe que el sonido es otro mar
no sabe que también son olas las ondas
que golpean su espalda como el agua que le dibuja la luz
la luz de la ola
el dibujo de la ola

parece que piensa frente al mar
en la imagen
parece que piensa
porque se intuye solo

reciente
reducido

la arena le mancha un pie
la sonrisa le mancha la cara
la fotografía le mancha el cuerpo
y a pesar de las manchas
irrumpe
el aire toma su forma
como con todas las cosas
y lo dibuja completo
para poder verlo

esto es todo lo que pasa en el mundo

reflejado en los ojos
la tristeza es acentuada
porque contrasta la felicidad del cuerpo enfrente
la lágrima ajena describe
el ojo frente a él lo contiene

—

esto es todo lo que pasa en el mundo
la poesía sólo vale si se limita a describir

(Inédito.)



Heat Resistant

Cut

de partida

Luis Borja

Santa Ana, 1986

Pájaro y arena

Sé que es muy difícil pensarte con las manos heridas por la nostalgia
aún así me imagino cómo cantan tus palabras a la ternura
La regocijada voz sangrada con que imitas a los pájaros
Los latidos de tus dedos desgranando la distancia
—Creo que en ese arpegio resumes toda tu tristeza—
A veces creo que sos una melancólica palabra que se le pierde a las tardes
¿Te parece extraño pensarte así?
Y es que en vos a veces también es fácil percibir la soledad moderna con que maldices las calles
El terrible golpe con el que rompes los vacíos.
Quizá te preocupe la mediación que existe en el muerto y el arma
Quizá te preocupe la carriada sonrisa de los niños perdidos
Quizá te preocupe la delineada frontera apilada de muertos
Por eso me encuentro en vos
Porque es fácil ver en tus ojos la desbordada ternura de la que hablamos
Y eso es lo único que nos salva de la muerte
Tengo que terminar diciéndote
Que a veces cuando te pienso
Te imagino pájaro y arena
Y vieras qué tierno me imagino en tus manos.

(Del libro inédito *Elogio del niño delirante*.)

Luis Borja. Poeta y académico. Ha publicado los libros *Letrosis* (THC Editores, 2013), *El disparo. Cuentos del barr[il]o* (Visor, 2014; accésit del XXIV Premio Internacional de Poesía Jaime Gil de Biedma) y *Pus* (Editorial del Gabo, 2014). Fundador del Taller de Poesía del Parque (Ahuachapán). Su obra ha sido publicada en El Salvador, España, México, Venezuela y Cuba.

Hijos, tengo un gusano en el corazón

Para Anne Sexton

He pensado en pronunciar toda palabra

Sangre

Ceniza

Y humo

Pronunciarla como una madrugada tortuosa

Pero hijos

Hoy por la tarde he arrugado todas las caricias de mis años

Le he cantado a mi almohada todos los versos fúnebres

Como se le canta a la sangre cuando conoce la agonía

Cariños

Cariñitos de melancolía

Pájaros del viento y de la piedra

Sangre de la herida y la plegaria

Huesos del vientre y de las penas

Al final he querido decirles lo mucho que los quiero pero no he terminado el poema

Sin embargo ustedes sabrán entender que

“Los suicidas poseen un lenguaje especial”

(Del libro inédito *Un labial para las muertas.*)

Desierto

Para los niños migrantes

La osamenta es una prolongación del desierto
 la cruz de hueso que se pierde en el exilio
 En el desierto se muere con el nombre tatuado de todos los hijos que quedan atrás
 con la embarazada agonía de descubrirse incierto
 con la lengua seca abrazando la saliva
 En el desierto los muertos son una arena esparcida
 duelen como una espina deslizándose en la carne
 duelen como la tumba en la que nadie se persigna
 Es que no es fácil ver la arena como un veneno suave
 cuando el sol se vuelve una ruina sobre la espalda
 cuando la garganta es un pájaro apagado
 no es fácil con la esperanza de toda una familia
 En el desierto se muere a los de pies del nopal con el corazón putrefacto
 los cráneos ruedan como tren perdido
 las piernas son rieles mudos que no encuentran el camino
 las vísceras son una cadena de flores de sangre
 flores de muerto mostrando sus dientes
 la lengua como un tajo de carne podrida se hace pesada
 pesado también el andar ecuestre de todas las fronteras
 de todas las carnes desgarradas en Tecún, Chiapas, Coahuila
 En el desierto los muertos son un muro de huesos que se quiebra
 Un río de sangre que se seca en cada manotada
 Una bandera tejida con todos los dedos de Centroamérica
 En el desierto
 sólo en la piedra el cerebro destila lo amargo de los sueños
 sólo la piedra se apiada de la carne
 sólo la piedra es el epitafio de todos los migrantes

(De *El disparo. Cuentos del barr[i]o*, Visor, 2014.)

esto, el haber sido del salto y de la lección de la aplicación
de tiempo de trabajo y de la aplicación de la aplicación
no habiendo una parte no habiendo una parte de este punto y porque
un tiempo transcurrido en tiempo de trabajo. que en poder
dejar el trabajo en paz. porque no
y no se puede
y no.

prelaminar

Concurso literario
La crónica como antídoto

JURADO: Alejandro Almazán, Josefina Estrada, Emiliano Ruiz Parra

Centro Cultural Universitario Tlatelolco
Dirección de Literatura
Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

Los sobrevivientes

Primer premio

Arturo Valdez Castro

I

“Dios no está en ninguna parte. Ni siquiera en nosotros. Hay que entenderlo para detener la catástrofe.” Chuy suelta frases de este tipo, al vuelo, dardos sin sentido aparente, fuma con esos labios secos y con esos ojos como dos gotas de aceite o cerveza oscura, mira un punto que sólo él puede ver.

Son poco más de las doce. Estamos sentados en la banqueta de este domingo de tianguis, sobre la avenida Villa de Ayala. Cuidamos el puesto de Rafa, quien desde hace una media hora ha ido a buscar medicina para el ánimo y la coherencia.

Chuy parece hablar al vuelo: “Deberían detonar una bomba sobre nosotros, acabar de una vez con tanta miseria. *Ira*, la desesperación nos persigue; *ira* esa masa amorfa, esos ejércitos de millones de células en movimiento involuntario, pinches, destinos pinches, sin sentido, danza temerosa y rabiosa y pinche. Sobrevivientes de una vida desconocida, animales enfermos de una enfermedad incurable.” Está sentado a mi lado y fuma. Yo también fumo mientras pasa la gente de un lado para otro, con rostros de cansancio y odio; amorosos, inocentes.

No hemos dormido. Ayer celebramos los cuarenta de Rafa y nuestro encuentro. Chuy escupe; veo su saliva caer entre las rendijas de la alcantarilla más cercana. Tiene puntería.

II

Domingo lento y brumoso. Aburrido y crudo. Crudos. Bajoneados. Noreste de la ciudad, ciudad-mercado de la traición y el odio. Tenía años de no venir, ¿un lustro, quizá?, más de no pisar estas calles donde nací.

Vivo en Alemania desde hace unos años, pero eso es lo de menos. He venido porque mi padre está enfermo. Una enfermedad repentina y dolorosa. Extraña. Lo ha paralizado. Ahora vive con la abuela en Ecatepec. Llegué hace un mes y en unos días regreso a Alemania.

No podía irme sin saludar a Rafa. Se puso más contento de lo que pensé. Había olvidado que era su cumpleaños, aunque esto no lo dije. Entre recuerdos, música, alcohol, droga y tabaco lo celebramos y llegamos al amanecer. Después nos vinimos en vivo a montar su puesto. Llegamos un poco tarde, pero habían respetado su espacio.

Aunque dicen que el tianguis de la San Felipe de Jesús es visitado por unas quinientas mil personas cada domingo, hemos vendido poco. Son casi las dos y Rafa no llega. Le hemos mandado mensajes, sin respuesta. La gente se acerca al puesto, miran, ven, se van. Rafa vende libros apolillados, revistas de los noventa y principios de milenio, alguna pintura o escultura (hecha con material reciclado) de su autoría.

Mientras esperamos pienso en las palabras que el otro día me dijo mi padre: “Quiero que me perdones por haberte fallado.” Lloró, atormentado, mi padre; una enfermedad extraña, una enfermedad o muchas enfermedades lo están matando. Nunca lo había visto llorar. Nunca hemos sido muy cercanos, al contrario; pero tampoco tengo nada que perdonarle. Dentro de todo, puedo decir que ha sido un buen padre. A su manera.

Un escalofrío sacude mi cuerpo, el cansancio y la cru-
da. El cuerpo ya no soporta lo mismo. Rafa se negó
cuando le dije que se olvidara del puesto, que no lo pu-
siera hoy, que siguiéramos la fiesta en otro lado. Me man-
dó al diablo.

—Chamba es chamba y no voy a quedar mal con mi
jefe —me dijo, arrogante, sosteniendo con una mano una
caguama y con la otra palmeándose el pecho. Eso fue
hace unas horas, cuando amanecía.

Chuy chifla una rola que parece de los Beatles. Yo
pienso en mi padre y miro la avenida Villa de Ayala, la
columna vertebral de este tianguis infinito, el montón
de toldos, puestos, plásticos, charcos, voces arrojadas
entre la basura, como si Pollock, ese pintor que tanto le
gusta a Rafa, hubiera arrojado un montón de botes de
pintura bajo el cielo de una ciudad olvidada. Aquí pa-
rece que nada ha cambiado, o si ha cambiado, es la ru-
ta del destino que se encamina a la desintegración.

III

Recibimos un mensaje de Rafa, más bien lo recibe Chuy.
Ofrece una disculpa por la demora, dice Chuy, un con-
trat tiempo, pero ya viene en camino. No dice de dónde
ni cuánto tardará. Nada cambia, pienso. Rafa sigue sien-
do el mismo que de buenas a primeras te deja ahí. Yo
tampoco he cambiado: miento, traiciono, soy infiel. Este
tianguis en esencia tampoco ha cambiado. Sigue siendo
el mismo sitio donde puedes encontrar todo tipo de au-
topartes, películas porno, máquinas del tiempo; todo. Mi
padre, pese a la enfermedad, tampoco ha cambiado. La
abuela y sus hermanos —yo no lo hice— le insistieron
desde las primeras molestias en que visitara un médi-
co; no hizo caso hasta que no pudo moverse más. Ahora
parece más viejo que su madre. Mi padre, curtido con
el orgullo de esos hombres que han crecido a punta de
madrazos y se estiman invencibles y no son otra cosa
que suicidas, no ha cambiado. “A los cinco años yo ya
vendía chicles en las calles, periódicos, boleaba zapa-
tos”, me repetía cuando me hablaba del coraje, la hom-
bría, la vida. “Conozco todas las calles de esta ciudad”,
presumía mi padre.

Chuy, por ejemplo, tampoco ha dejado de tener ese

aliento a alcohol, tabaco y marihuana. La última vez que
estuvimos juntos, antes de que me fuera del D.F., olía
igual. El paso del tiempo es relativo: Chuy sigue siendo
ese mismo cabrón con baba de sabio que dispara frases
oscuras y repentinas, como bombas que se arrojan cuando
las nubes de un cielo nublado se abren por un momen-
to; frases surgidas de la nada, de los demonios que lo insu-
flan. Frases que siempre, invariablemente y sin saber por
qué, me han hecho pensar en la rareza del loto.

Un sujeto de unos sesenta años se acerca al puesto.
Se pone en cuclillas, husmea las revistas. Lleva un pa-
lillo en la boca, come cacahuates (un cliché en el que
también cae o caía mi padre). Zapatos boleados, promi-
nentes entradas y peinado para atrás. Toma dos revistas
Playboy. Hojea una, la aprecia desde sus bifocales. El
parecido con mi padre es abrumador.

—*Íralo* —dice Chuy, con su voz de desierto y la piel
pegada al hueso—. Este hombre sale cada domingo dis-
puesto a intentarlo, asume una posibilidad, lucha por no
naufragar, pero apenas conseguirá nada.

Chuy nació aquí hace cincuenta y pico de años. Aquí
se va a morir. Nació por las mismas fechas en que em-
pezó este tianguis, a principio de los sesenta del siglo
XX. Ha sido trailerero y taquero; ahora maneja una camio-
neta local y le echa la mano a Rafa en el tianguis de vez
en vez. Chuy va a morir; este tianguis vivirá mucho más
pero precipitándose siempre hacia la desintegración.

Mientras tanto, él y Rafa y mi padre y yo y el tianguis
de la Sanfe y todos los que estamos aquí, como dijo Chuy
esta mañana cuando montábamos el puesto, seguiremos
siendo sobrevivientes.

—Cuánto —pregunta el sujeto del palillo.

—Una veinte, dos por treinta —dice Chuy.

El sujeto saca su cartera, toma un billete de veinte,
luego unas monedas de sus pantalones, las cuenta en su
mano, desde sus bifocales, se las da a Chuy. Guarda
las revistas en una bolsa donde lleva ropa y comida.

—¿No vino el güero? —pregunta antes de irse.

—Ahora vuelve —dice Chuy.

—Le pedí una donde sale la Ale Guzmán —dice,
antes de meterse otro cacahuete en la boca.

—Espérelo —dice Chuy.

—Ta bien así, mano. Ai' le dices que vengo el pró-

ximo domingo —dice y se aleja arrastrado por el tráfico de cuerpos, arrojando cáscaras de cacahuates.

IV

—¿Sabes qué día es hoy? —pregunta Chuy. Bebemos cerveza y fumamos recargados en la barda. La amenaza de lluvia es latente. Algunas gotas, nada grave.

—Rafa es del 8; hoy es 9, ¿no? —digo.

Silencio. Chuy bebe, fuma, y antes de dar el golpe inhala una espesa cascada de humo por la nariz. Corre el tumulto, el bullicio, el ir y venir se conjugan con tierra y aceite, cacas de perro y soledad, bolsas de papas, latas y colillas y risas y hastío. Parece que nadie se cansa de recorrer este laberinto interminable, el tianguis más grande de Latinoamérica, con el peso de sus dudas en el bolso: tianguis dragón de mil cabezas, cuyos tentáculos han secuestrado calles, pórticos, ventanas. Los vecinos se quejan de los comerciantes, los comerciantes se aferran a sus espacios; el desprecio es mutuo. Cláxones, mentadas de madre, riñas. Si pusieras en fila todos los puestos tendrías unos veinte kilómetros de esperanzas recicladas, pantallas de plasma, artículos de moda, electrodomésticos, artículos robados, nuevos, usados, originales, imitaciones, sucios, alucinantes. Es imposible recorrer este dragón en sólo un día. Yo jamás lo hice.

—Hace setenta años arrojaron la tercera bomba atómica, en Nagasaki —dice Chuy—. La llamaban Hombre Gordo o Fat Man —mueve la cabeza negativamente y ríe, una risa parecida a una calle donde llueve y hay casas abandonadas. Con sus ojos como dos gotas de aceite o cerveza oscura mira un punto que sólo él puede ver. Un incendio, pienso, una bomba. El cigarro entre sus manos sucias, siempre sucias; siempre un cigarro. Siempre un punto.

No muy lejos suena una canción ranchera, “bonita finca de adobe / puertas de encino y mezquite / cuídame bien mis amores / no dejes que me los quiten”, se mezcla con la voz de quien ofrece a través de un micrófono curas milagrosas. Aquí se vierte todo lo que no puede dejar de ser el mundo.

V

Cuando se puso más grave, mi abuela convenció a mi padre de ir con un curandero. No funcionó. “Ay, hijo”, me dijo la abuela cuando llegué, comíamos, mi padre dormía, “lo único que pido a Dios es que no sufra, rezo y le pido que mejor se lo lleve, que no lo deje sufrir”. Me lo dijo tranquila, como si me hablara de hierbas para la diabetes. Mi padre alguna vez fue ateo, ahora reza con la abuela a los santos, a la Virgen, a Dios.

VI

Son casi las cinco de la tarde y Rafa no llega. Chuy consiguió algo de medicina, no muy buena. Náuseas. La última vez que estuve aquí, en este tianguis, tenía ¿veinte, veintitrés? Lo sé por el coraje y las ganas rotas. Mi padre no estaba enfermo, no como ahora; mi madre no lo había dejado. Los paisajes eran carreteras. La última vez que estuve aquí fue también con Rafa. Vendimos ropa, zapatos que habíamos conseguido con parientes. Lo hicimos dos o tres domingos. Queríamos sacar lana para la playa. No la sacamos, pero sí nos largamos a la playa. Al regreso de ese viaje fue cuando Rafa y yo nos alejamos. El tianguis sigue igual, desde hace años se hablaba de treinta mil comerciantes, lo que empezó con diecisiete o cincuenta. En el fondo nada cambia. Aunque ahora hay un ambiente más ácido. Olor a muerte.

—La Sanfe, la 25 de Julio, la Provi, la GAM, ya no es igual —decía anoche en casa de Rafa uno de sus amigos—. Me cae, ahora ya descuartizan, les vale madres, balacean y chingan a inocentes. Hace un tiempo una bala perdida le dio a un niño; hace poco a un güey lo destriparon allá por la iglesia. Me cae, 'ta cabrón el pedo, carnal. Venden armas.

El puesto está entre la Baja California Norte y la Sonora, bajo un cielo que no se decide si volverse lluvia o arrancarse esas nubes de una vez.

—El 9 de agosto de 1945 el oficial Charles W. Sweeney, veinticinco años, piloteaba el bombardero B-29 de la fuerza aérea de Estados Unidos. A las once de la mañana con un minuto, en un momento en que las nubes se abrieron, dejó caer a Hombre Gordo sobre Nagasaki —dice Chuy, moviendo sus manos para dibujar en el va-

cío algo que cae desde un cielo que está a la altura de sus ojos—. Murieron setenta y cinco mil personas al instante. El gran hongo.

VII

Anoche la cosa estuvo tranquila en comparación con el pasado. De aquello, sólo secuelas. Rafa sigue queriendo largarse del D.F., no lo ha hecho y creo que no lo hará. Ahora tiene dos hijos (cuatro y tres años) y cada semana debe darle mínimo 500 pesos a su ex mujer para la manutención de los niños. Por eso, dice, no puede faltar al tianguis. Además de Jackson Pollock le gustan Picasso y Daniel Lezama. Además del tianguis, hace chambas eventuales y algunos sábados se monta también en el del Chopo. Anoche me aseguró que esta vez sí se largaría de la ciudad.

—Te caeré en Alemania —dijo.

En unos años, pienso, corroboraré lo que por lo general ocurre: los planes siempre fracasan. Rafa no saldrá jamás de esta ciudad. Nunca me visitará en Alemania.

VIII

El puesto de Rafa está junto a uno de fierros viejos, motores oxidados, partes que parecen inservibles pero que pueden dar un pulso más. Al otro lado, una mujer con mirada chamánica vende hierbas, menjurjes, milagros: “Este maravilloso producto fortalece los ojos, limpia las arterias, los riñones, combate cataratas, carnosidad, ceguera”, recita su voz lenta. Frente a nosotros, un puesto con tapetes y gabanes michoacanos, ropa, almohadones, artesanía purépecha. Las voces se persiguen, los colores, voces fritas, envidiosas, aduladoras, “bara” y el arrastre de pasos y sombras con murmullo abrupto, escandaloso, murmullo grito, petición y orden, chiflidos pulposos: “qué transa, hijo; pásele, mamacita; levántelo sin compromiso; aquí tengo lo que estaba buscando; qué va a querer, reinita; usted dígame cómo se lo sirvo”, y la gente se acerca, se aleja en una danza placentera, desesperada.

He tratado de comunicarme con Rafa, pero nada. La medicina me ha quitado el hambre y me ha inyectado



Los sueños blancos, 8 (detalle)

las ganas de ir a alguna cantina del centro. Solo. Chuy y yo empezamos a levantar.

—Hace setenta años, cabrón —dice Chuy, mientras acomodamos cosas en cajas—, Nagasaki fue sumida en el terror y ya no podemos salir de él. Era jueves y ahora nosotros estamos aquí, colocados, haciendo esto pero con ganas de largarnos sin saber a dónde ni por qué.

Terminamos de empaquetar todo y lo montamos en el triciclo. Chuy dice que él se encargará de llevar las cosas a casa de Rafa. Le digo que también voy, pero se niega. Los perros husmean la basura, lamen el suelo, los charcos del día nublado. Son poco más de las cinco de la tarde y, pese a todo, la luz gris es agradable. Hay niños que corren entre el plástico. Gritos. Sonidos de fierros y maderas. Puertas que se abren y se cierran.

—En estos días iré a ver a tu padre —dice Chuy. Callar o hablar son formas de intervenir en el futuro, escribió Javier Marías. Yo callo. Nos damos otro abrazo y me encamino por Villa de Ayala, entre puestos todavía montados y otros que se desarticulan.

IX

Antes de llegar a Camino de la Voluntad, un par de monjas me interceptan. Si la piedad es el cansancio, ellas son la piedad. Algo se dicen entre sí y me extienden un *flyer*. Me niego, pero insisten. Tomo el papel: una ima-

gen a todo color de un fraile crucificado, atravesado por dos lanzas y, al fondo, un edificio oriental.

—San Felipito de Jesús —dice una de las mujeres.

—Crucificado en Nagasaki, en 1597 —dice la otra mujer—, tenía veinticinco años; es nuestro primer santo y patrono de la ciudad. Atrás hay una oración.

Les doy una moneda y sigo mi camino. No sé cuándo vuelva a ver a Rafa, pero le hablaré antes de volver a Alemania. ¿Por qué no volvió? Sólo espero que esté bien.

Se oyen fierros y maderas de la gente que recoge. Basura por todos lados. Me meto por Camino de la Voluntad. Voy en dirección al deportivo Los Galeana, sobreviviente entre sobrevivientes. Tomaré un taxi que me lleve a una cantina del Centro.

El caos se prolonga en todas direcciones. Pienso en mi padre y en la soledad de su cuerpo, en su tristeza. Mi madre ya no lo quiere ver. Tenía veinticinco años cuando me abrazó por primera vez. No hicimos muchas cosas juntos y ya no las haremos. Siento pena o cansancio o tristeza. Quisiera abrazarlo.

Un breve instante en el que se abran las nubes para un hombre gordo o un niño pequeño, algo breve, devastador, masivo, dijo Chuy. Mi padre le habría dado un madrazo. Camino por la banqueta cuarteada, herida. Vinaterías, talleres, refaccionaras. Nada duerme. Sobre la lámina de un auto averiado alcanzo a ver el último destello de la tarde. Por un breve instante, las nubes se abren. ❶

Arturo Valdez Castro (Ciudad de México, 1978). Ha publicado los libros de poesía *La capital de los fantasmas* (edición de autor, 2005), *Hasta las últimas consecuencias* (Fondo Editorial del H. Ayuntamiento de Solidaridad, 2008) y *Dame otro Jack doble, por favor* (Premio de Poesía Editorial Praxis, 2011).

Raúl, de lejos

Segundo premio

Saúl Sánchez Lovera

I

A media tarde, Pino Suárez es epicentro del caos: la ciudad concentra sus ánimos destructores en este pasaje subterráneo. Pero aquí estoy de nuevo, bajo el reloj de la estación, esperando a Raúl de los Santos. El tiempo pasa laxo mientras la masa llena intermitentemente los vagones. Y pienso entonces que uno, aunque quisiera, no puede evitarlo: la carne siempre choca con otra, el sudor moja el propio cuerpo y también los ajenos, los olores se entremezclan y el resultado es un tufo agrio que cala hasta la garganta. La metrópoli es una bestia que devora o sacrifica a los propios hijos. La ciudad, en este ensayo del inframundo, expresa una cosmovisión posible: el ser está condenado a deambular por la frontera que divide al caos de la razón. Aunque en este rincón se vive quizá una tregua. Somos varios quienes esperamos bajo el reloj: una enfermera que no despega la mirada de un celular viejo, un joven con bigote incipiente y uniforme de escolar, un muchacho de amplios músculos y playera sin mangas que, galante, mira taciturno hacia la nada y espera la próxima conquista. Nos hallamos en un sitio donde se avista el caos desde dentro, pero apenas somos partícipes de él. El tiempo corre distinto para aquel que espera: avanza quizá demasiado rápido, pero se mira con ánimos de contemplación. *Fast-forward* ralentizado. Y cientos de rostros pasan de largo, pero los nuestros permanecen. Entonces lo veo a lo lejos, avanzando con aquellos pasos torpes, la mirada que busca respuestas en el vacío, la sonrisa de quien se sabe único entre el resto, moviéndose con el vaivén de un cuerpo que no es el suyo. Siento, de súbito, el alivio de quien encuentra un rostro conocido

entre una multitud de extraños. Y poco me importa que sea tarde, la desolación desaparece de pronto y esbozo una sonrisa apenas se acerca: Raúl me saluda de beso y mi barba raspa contra la suya. *Vámonos, mujersh.*

II

Es un viernes de fiesta en la calle República de Cuba. Heme en aquel momento de la noche en que el mundo se hace más nebuloso, las líneas rectas se vuelven pendientes sinuosas y la música pop hace eco en el cuerpo. Me abro el paso por un pasillo de gente a media luz: aquí la noción de individuo se desdibuja y uno se vuelve parte de una multitud que, a gritos casi profanos, corea los éxitos del momento y los baila en éxtasis. La Purísima es quizá el lugar más popular del centro de la ciudad y aglomera a cientos de almas que se entregan a la noche. Suenan aquellos *beats* ochenteros que dicen que “sweet dreams are made of this” y luego aseguran, categóricos, que todo mundo está buscando algo. El pasillo termina cerca de la barra adornada con cristales, imágenes de santos de cabeza y vírgenes bajo una luz rojiza. Entonces sucede el encuentro: miro a Yolanda mientras baila sobre la barra. Yolanda y el maquillaje corrido. Yolanda y el rostro cubierto de sangre falsa. Yolanda y el diente pintado de negro. Yolanda y su travestismo violento. Yolanda en ropa interior, escondiendo los genitales que pudieran delatarle. Yolanda y la música que se convierten en un mismo ente. Yolanda y lo grotesco, los labios enormes, los ojos medio bizcos, los ademanes de niña pequeña. Yolanda y la mirada de los otros: aquella mezcla de risa, sorpresa, asco. Yolanda y las

nociones que abole de pronto: el género, la belleza, la transfiguración. Yolanda y la noche: su bestia.

El *performance* de Yolanda es único y aglutina adjetivos que se contradicen entre ellos: liberador a la vez que apabullante, transgresor y virtuoso, grotesco y cargado de ternura. Aquel baile hipnótico, compuesto de movimientos mínimos y arrítmicos, encierra dicotomías casi primitivas. Yolanda realiza un rito capaz de transformar y resacralizar el mundo: hay en su interpretación una rabia que remite a la ira de algún dios creador, como si de aquellas piernas fuera a nacer otro mundo. Yolanda baila mientras me mira a los ojos y la música lo confirma: los sueños dulces están hechos de esto, “who am I to disagree?”

III

A la mañana siguiente, una búsqueda rápida en Facebook me ayuda a encontrar la identidad mortal de Yolanda: Raúl de los Santos. Le escribo un mensaje largo en el que le describo mi experiencia casi mística. Raúl responde aquella misma noche y me invita a un evento próximo en el que podré conocer a Yolanda de cerca: la celebración del Día Internacional de la Mujer en el tianguis del Chopo. Un vistazo por el perfil de Raúl me ayuda a reconstruir su historia: algunos amores y bastantes fastidios, veinteañero irreverente y soñador, bailarín de danza contemporánea en plena disidencia. Abundan las fotografías desde la soledad idílica de su cuarto: Raúl mira ligeramente por arriba de la cámara, como si se negara a verme a los ojos. Y uno siempre es la construcción de algún otro, acaso como si alguien nos recordara o soñara todo el tiempo, una mirada silenciosa que nos espía durante las noches. Yolanda y Raúl conviven en aquel espacio virtual, quizá imaginario. A una foto en la que él sonríe tímidamente se le contrapone otra de ella, en el bar de siempre, con un gesto chusco y desesperado. Cierro la computadora. Llego a la conclusión de que Raúl es un chico que, como cualquiera, está en búsqueda frenética de lo que el orden social, la academia recalitrante y las tiendas de ropa se empeña en llamar *identidad*.

IV

El tianguis del Chopo es un oasis de disidencia en una ciudad que comienza a tolerar, pero aún se rehúsa a entender al otro. Llego temprano al mercado, cuando los puestos de música under y ropa oscura aún no terminan de armarse. La celebración consistirá en varios *performances* que celebran, cuestionan y replantean la concepción de lo femenino; Yolanda será quien cierre el evento.

Una monja hace un *striptease* que la deja con un par de cintas adhesivas formando cruces en su pecho. Una adelita utiliza una larga trenza como falo con el que finge ahogarse mientras un corrido revolucionario rememora alguna batalla sangrienta. Una banda de punk compuesta sólo por mujeres invoca a alguna diosa de la fertilidad para luego destruirla. Yolanda no aparece. Los amigos y admiradores de Yola coinciden: Raúl es imprevisible, bien podría estar encerrado en su casa, cerca del metro Refinería, porque han vuelto a romper su corazón. O tal vez la fiesta de la noche anterior continúa en algún tugurio del centro. Quizá se olvidó del evento y se encuentre en el ensayo de alguna compañía de baile en el que hará su debut próximamente. Y justo cuando el organizador del evento se dispone a anunciar que Yolanda ha cancelado su participación, se avista a lo lejos una figura torpe que se acerca al escenario. Lo sabré después de varios encuentros, de varias horas de espera: Raúl siempre va tarde, pertenece a ese grupo de gente cuyas preocupaciones son mayores a las del tiempo o las formas correctas. La multitud aclama a Yolanda: grititos de euforia, sonrisas, palmadas rápidas. Yola porta un vestido blanco, holgado, con un moño negro sobre un babero casi infantil en la línea del cuello; varias pelucas güeras con las raíces oscuras se amontonan sobre su cabeza y crean un volumen informe; un maquillaje exagerado: pestañas postizas increíblemente largas, sombra verde, una capa de polvo blanco cubre su rostro. Yola se acerca con dificultad, Raúl aún no está acostumbrado a andar por la ciudad en tacones, esta vez blancos, adornados de encaje.

La actuación de Yolanda consiste en hacer *playback* de dos canciones que lindan con lo blasfemo: “Voy a ser mamá”, que Almodóvar cantara en los ochenta, y “Me gusta que me pegues”, de Los Punsetes. “Sí, voy a ser

mamá, voy a tener un bebé” y Yolanda arrulla con cariño a un bebé de plástico. “Sí, voy a ser mamá, voy a tener un bebé, lo vestiré de mujer, lo incrustaré en la pared” y Yolanda da vueltas al nene. “Le llamaré Lucifer, le enseñaré a criticar, le enseñaré a vivir de la prostitución, le enseñaré a matar” y Yolanda lanza el bebé a la multitud porque la emoción de la maternidad la desborda. “Me gusta que me pegues, me siento importante” y Yolanda se da puñetazos en la cara. “Y no me defiendo, por no molestarte, prefiero dejar que corra la sangre” y Yolanda se tira al piso y se convulsiona un poco. “Me gusta que me pegues sin motivo aparente” y Yolanda se quita su calzón manchado de sangre y se lo embarra en la cara, ante un público que se desvive en aplausos, risas, gritos eufóricos.

Yolanda es una intensa emoción de lo urbano, un intento por encontrar nuevas formas de ver y vivir el mundo, de rechazar una racionalidad tramposa. Su objetivo, si acaso lo tiene, no se queda en realizar una caricatura o cuestionamiento social, sino que su propia actitud invita a que uno sea más libre, se quite las represiones de encima. Como aquella noche, me pregunto si Yolanda no es un sueño, aunque no alcanzo a comprender bien a quién pertenece: ¿será mío o de Raúl? ¿O acaso pertenece a lo colectivo, a un ideario invisible pero que construye y reinventa nuestra percepción de lo sublime, lo real, lo verdadero?

V

Pino Suárez, Raúl de los Santos promete una expedición que me ayude a comprender a Yolanda. Lo acompañaré mientras elige el vestuario para una interpretación próxima. Mis pláticas con Raúl devienen siempre en una incógnita: ¿pueden dos seres habitar un mismo cuer-

po? Raúl es tímido, cabizbajo, risueño. Yola, en cambio, representa una fuerza destructora. Lucha interna o una reconciliación posible. Raúl no para de hablar, me cuenta ilusionado la promesa de un nuevo amor y la última interpretación de Yolanda. Salimos de la estación a la superficie, no entiendo el vericuetos de calles y edificios viejos que finalmente dan con la tierra prometida, el tanguis de las Pacas. El golpe me resulta abrumador: aquello bien podría ser una ciudad dentro de ésta. Decenas de puestos de ropa se amontonan en un espacio que resulta insuficiente. Montañas de ropa usada forman cordilleras que se cubren del sol con amplias lonas de colores y láminas de aluminio. Hileras infinitas de ropa interior, uniformes militares, overoles, ropa de maternidad, chamarras de cuero, trajes de baño, camisas de hombre, pantalones de mujer en todos colores y texturas. Raúl recorre el lugar en silencio, damos juntos una vuelta que servirá como un primer encuentro con la inmensidad: aquel lugar alberga todas las posibilidades del ser. Después, me guía hacia un local especializado en vestidos: apenas los mira y toma un vestido azul marino con una banda blanca en la cintura. La etiqueta indica que se trata de un vestido Polo, pero que ahora habita un puesto de ropa sobre la avenida Fray Servando. Raúl ríe y me cuenta emocionado el chispazo que acaba de ocurrírsele: Yolanda será una torpe jugadora de tenis enfundada en un vestido de Ralph Lauren, pero tendrá una raqueta de plástico fosforescente, de aquellas que uno encuentra en las tiendas de chinos; disparará pelotas a la multitud y ellos, el público, tendrán que cubrirse del posible golpe. Raúl mira aquel vestido y la ilusión inunda su rostro: la monstruosidad de identidades, su promesa, se halla aquí. Y de súbito nos convertimos en náufragos, varados en este mar salvaje de ropa usada. **P**

Saúl Sánchez Lovera (Ciudad de México, 1994). Cursó estudios de Cinematografía en el CUEC-UNAM y actualmente es estudiante de Historia del Arte en la Universidad Iberoamericana. Colaboró en *Dilo Mirón*, suplemento para jóvenes del periódico *Excélsior*. Ha resultado ganador en concursos de creación literaria organizados por el FICUNAM, el ACNUR y la UIA. Fue becario de la Fundación para las Letras Mexicanas y la Universidad Veracruzana para el Curso de Creación Literaria 2014 y 2015 en la ciudad de Xalapa. Ha obtenido el segundo premio de Crónica en el concurso de Punto de Partida por dos años consecutivos, en sus ediciones 45 y 46. Participó en el Encuentro de Escritores Jóvenes Jesús Gardea 2015, en la ciudad de Chihuahua, y en el segundo Mashup de Periodismo organizado por Arca, Agencia Bengala y Los cuadros negros.

Por la señal de la peloncita

Tercer premio

Lauri García Dueñas

VIERNES 2 DE ENERO DE 2015

La gente dice: “Hay que cerrar círculos”. Y yo me pregunto: ¿Qué pasa si mi vida es un paralelogramo?

JUEVES 14 DE ENERO

¡Por la señal de la Santa Cruz! ¡Por la señal de la peloncita!, grita una muchacha joven, flaquísima, de zapatos mojados, sudadera con gorro y un bote de adhesivo pegado a la nariz en las escaleras de la estación Hidalgo. La gente se ríe.

LUNES 19 DE ENERO

Muchacha vendedora de chicles, de unos quince años, platica con su mamá.

Ella: La que sufre siempre es la mujer.

La mamá: Si sabe trabajar, no.

Ella: Pero para tener un chamaco mocoso, ella es la que puja.

La mamá: Porque quiere.

Ella: Antes se daba más la infidelidad de los hombres, ahora también la de las mujeres, pero si a mí me engañan con una, yo con tres, y si me dejan con tres hijos, me voy con otro y que me haga tres más.

#escuchadoalpasar

LUNES 9 DE FEBRERO

En la barra de la cafetería de azulejos, tres hombres viejos conversan; primero, dos de ellos a señas, luego me doy cuenta de que sí hablan pero igual tienen un lengua-

je en clave, sin sonido. El de la derecha lee el periódico, tranquilo. Pero los otros dos me resultan más llamativos. El de la izquierda tiene una camisa a cuadros y gorra negra, y el de en medio, un traje de gala verde, con boina verde también, barba y pelo largos y encanecidos. Su traje tiene medallas de una guerra invisible. Por un momento, estos dos juegan con papel periódico como si fueran globos con helio, y no entiendo. Los dos traen bolsas de plástico consigo, cuyo interior me inquieta. El de traje verde se acerca a uno de los empleados al que ha bautizado como Iván “El Terrible”. Iván le pregunta al viejito:

—¿Viene mañana?

—No sé si viva.

#viejitos

VIERNES 13 DE FEBRERO

Un muchacho guapo quejándose el viernes en la fonda: “Ella me mandó una imagen que decía: ‘Calma, Dios está escribiendo tu historia de amor’. Yo la llamé y le dije: ‘Neta, ¿crees que si Dios existe va a estar escribiendo?’”

MARTES 24 DE FEBRERO

Respondencias o pequeños milagros. Hoy salía de mis actividades habituales y me debatía entre a) comer pizza, b) comer en una fondita de cincuenta años de antigüedad donde hasta venden cerveza de raíz. Decidí comer en la fondita. Sobre el mostrador había un CD que decía “Mantras femeninos”. Me emocioné y pregunté

cuánto costaba, aunque para mis adentros sabía que traía poco efectivo, pero volvería, me dije, por el CD. La mesera me explicó que el disco había sido puesto ahí por una clienta que dejó un mensaje claro: el disco sería regalado a una persona que verdaderamente se interesara en él y que luego lo reprodujera para otras personas.

—A mí me interesa verdaderamente, ¿me lo van a regalar? —dijo con una sonrisa larguísima.

—Sí —dijo, y me lo dio.

Salí del local, no cabía en mi alegría; y luego me dirigí al Metrobús, mi tos horrible me acompañaba, algunas personas me veían asustadas porque en verdad es muy fea mi tos. Una señora se me acercó y me aconsejó: “Esta noche póngase Vick vaporub en las plantas de los pies, funciona y es muy barato. Yo acabo de salir de ésa”. Me vio con ternura y yo le agradecí.

Voy a poner mi disco de mantras femeninos. Sé que hay una energía que cuida a las mujeres como yo y que, aunque no la veamos —confundida como está por el trajín del mundo cruel—, existe y se aparece muchas veces en forma de otras mujeres, hombres, niños o viejitos. Y luego me pondré Vick vaporub en los pies antes de dormir. Y mañana amaneceré mejor.

MARTES 3 DE MARZO

Dos muchachos jóvenes platican en el metro:

Muchacho uno: Yo tengo un amigo desde la primaria, él tiene mucho dinero pero no por las buenas, ¿eh? Tiene dos coches y dos camionetas y rentó un local para que su mamá pusiera un restaurante. Imagínate: ¡Tiene un restaurante para su vieja!

Muchacho dos: (Lo mira y no dice nada.)

Muchacho uno: Yo voy a seguir siendo su amigo hasta que...

Muchacho dos: (Lo mira, inquisitivo, en silencio.)

Se bajan.

JUEVES 5 DE MARZO

Dos muchachas platican en el baño, primero en los excusados y luego frente al espejo:

Muchacha 1: Estoy desarrollando sentimientos hacia él que no puedo controlar, entonces, ya no...

Muchacha 2: Si dices que no te puede dar lo que necesitas que te den (usa tono cachondo)...

Muchacha 1: Lo dices de manera que suena evidente... Pero sigue viendo a su ex novia y se hablan, yo sé...

Muchacha 2: Que te quiere.

Muchacha 1 (dubitativa): Me quiere, pero quiere más a su ex. Obviamente.

LUNES 9 DE MARZO

Imagen 1: En plena avenida, un hombre a solas, de espaldas a la calle, se da de puños contra el aire, a lo Travis en *Taxi Driver*. Su semblante es lo suficientemente serio como para dudar de su enemigo invisible.

Imagen 2: Una niña va caminando de la mano de su mamá, de pronto se detiene, levanta la mirada y le dice adiós al cielo, volteo a ver y no hay nada.

Conclusión: Lo invisible existe en esta ciudad.

MARTES 24 DE MARZO

a) Una mujer a quien le falta una pierna y lleva muletas juega con su beba de un año, la desliza por los pasamanos del metro. No hay torpeza ni pesar, la niña vuela por los aires de la mano de su madre y se ríe a carcajadas. Luego caminan a la par y se dirigen al andén.

b) Un muchacho alto y con sobrepeso corre con esfuerzo por las escaleras del metro Polanco. Las escaleras están pintadas de blanco y negro y, según la velocidad de quien las pisa, puede escucharse el sonido de un piano. El muchacho sube a toda velocidad al menos cincuenta escalones, su cara está desfigurada por la contentura de hacer vibrar con sus pisadas el piano escalonado; cuando asciende, sudoroso, vuelve a empezar. La primavera se amotina, como un mantra...

JUEVES 26 DE MARZO

Dos chicas de secundaria platican:

Muchacha 1: Entonces, yo le pregunté que si lo que supuestamente él había sentido se quitaba de la noche a la mañana, que tal vez él había estado fingiendo, que si todo había sido mentira...

Muchacha 2: ¿Y él qué te dijo?

Muchacha 1: Que fue verdadero, que por eso estaba así y no había hecho otra cosa. Que por favor no me lastimara a mí misma. Pero yo le dije que más de lo que él me había lastimado, yo misma no podía hacerlo.

Y doblaron la esquina.

DOMINGO 5 DE ABRIL

Domingo de resurrección. Una muchacha extranjera se sube al autobús de Reforma en el que tienes que pagar cuatro pesos en monedas exactas. Pero no tiene cambio. Se dirige al conductor del autobús:

—No tengo monedas pero te puedo pagar con esto (le ofrece su algodón de azúcar rosa).

—No es necesario —responde el conductor y la invita a pasar gratis.

LUNES 6 DE ABRIL

Curandero le hace propaganda a sus hierbas por el altavoz en la Ribera de San Cosme; revuelve sus pócimas y su mesa de trabajo: “Ayer me dijeron que sólo la gente ignorante, los indígenas, son los que se curan con hierbas. Y yo les respondí que la mujer indígena tiene veinte hijos y sigue con su cuerpo bonito gracias a las hierbas, pero la mujer moderna tiene uno y queda hinchada como si tuviera otro adentro.”

MIÉRCOLES 8 DE ABRIL

1:40 p.m. En la esquina del callejón de Mesones hay tres teporochos. Una de ellos es joven, delgada, inquietante, se ha quedado dormida debajo de la estación de bicicletas con la mochila a cuestas. El sonido de la campana del camión de la basura la despierta y se sienta repentinamente como impulsada por un resorte invisible.

—Copias —se dirige a uno de los borrachines que arregla unas tortillas como un mazo de cartas —, ¿tienes algo que me des de comer?

—Sí —responde muy amable Copias. —Tengo espagueti.

—¿Me das un poco? —pide ella sin incorporarse.

—Te doy todo el plato —dice él mientras le sonríe.

MIÉRCOLES 15 DE ABRIL

En la estación Hidalgo, una mujer enflaquecida, en trance, despotrica contra el gobierno. Todos pasan a su lado sin seguir su arenga: “Los políticos están unidos, frente a las cámaras se pelean pero detrás no, la familia de Mancera tiene tratos con la de Calderón, pero eso lo hacen en lo oscurito. Los mexicanos no nos damos cuenta, por eso yo vengo aquí, nos vemos el jueves.” Los ojos de la mujer están volados, ausentes. Todos pasan sin verla ni escucharla.

LUNES 28 DE ABRIL

En la tarde, me senté frente a unas fuentes en la colonia Condesa, una de las zonas más exclusivas de la capital de México. Estaba viendo subir y bajar los chorritos de agua. Llegó un muchacho con una bolsa de plástico, adentro una cerveza.

—¿Me puedo sentar aquí? —dice señalando la fuente.

Volteo a verlo y me doy cuenta de que me habla a mí, pero yo no soy quién para darle permiso a la gente para que use el espacio público.

—Claro que puede —le digo.

—Es que vengo de Oaxaca, bueno, del pueblo.

(Le sonrío.)

—Disculpe, ¿no cree que estas fuentes deberían estar más llenas?

(Veo las fuentes y, sí, están bajas.)

—Tiene razón, están pachitas.

(Se ríe.)

—Con todo respeto, no sé si usted haya ido a algún hotel, pero ahí las fuentes están llenas.

(Me río.)

—Esa de allá está mejor —dice, señalando la única fuente que se mantiene llena.

(Asiento, me sonrío y empiezo a despedirme.)

—Que la pase bien en la ciudad.

(Asiente, contento.)

—Vengo a buscar trabajo en la construcción, es que vengo del pueblo...

—Mucha suerte...

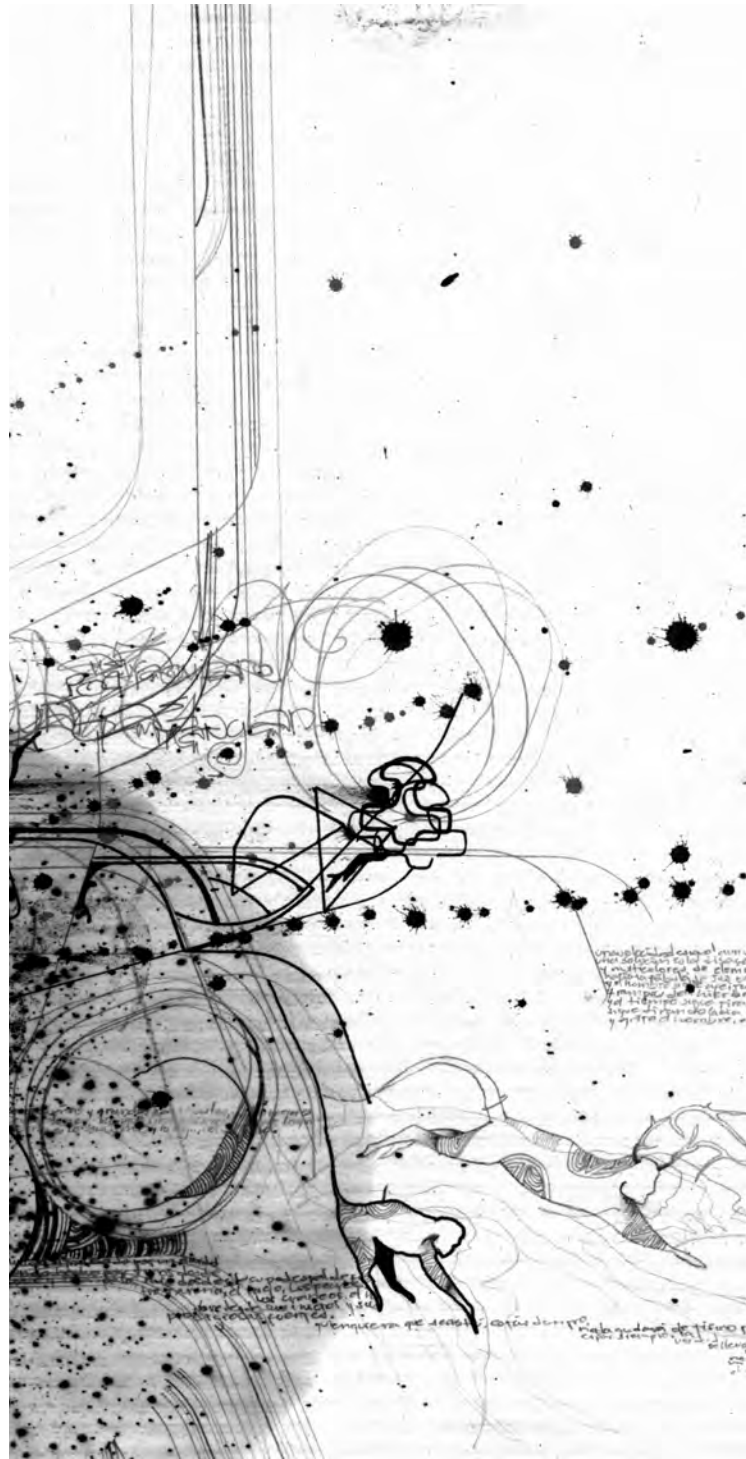
(Me voy pensando en que no quiero que nada malo le pase al muchacho que acaba de venir del pueblo a la gran ciudad.)

DOMINGO 5 DE JULIO

La niña que compró un mazapán

Ayer vi a una niña que me recordó a mí cuando yo tenía su edad. Unos diez años. Tenía el pelo de honguito hasta las orejas, lentes e iba acompañada por un chihuahua sin collar y con las orejas más grandes de lo normal. Ella y el chihuahua estaban parados afuera de la panadería esperando a su mamá, bien quietos y bien portados. Ella tenía los ojos bien abiertos (mirada periférica) y esperaba. De pronto, aparecieron dos niños indígenas, de los que te dan un papelito que casi nadie agarra y venden mazapanes. Ella, presta, sacó de su pantalón rosa una moneda y compró un mazapán, los niños indígenas se fueron rápido. En eso salió la mamá de la panadería, una mamá que de lejos se notaba que era regañona, y la niña de lentes y mirada periférica, presta, escondió el mazapán y el papelito en el hueco de su mano. Se fue caminando detrás de la mamá enojada, acompañada por su perro su chihuahua y su mazapán secreto. 

Lauri García Dueñas. Poeta, escritora y periodista. Su información biobibliográfica se puede consultar en el *dossier* de poesía salvadoreña incluido en el presente número.



Los sueños blancos, 5 (detalle)



Vendaval de bolsillo, de Andrés Neuman

Luis Paniagua

Andrés Neuman
Vendaval de bolsillo
 Almadía, México, 2015

1

Wisława Szymborska dijo en su discurso de recepción del premio Nobel que lo que la mantenía escribiendo siempre era la pregunta, es decir, la carencia de una respuesta contundente. A lo largo de este volumen de poemas (en las cuatro primeras secciones, para ser más específicos), Andrés Neuman nos va dosificando más que las preguntas, las dudas: *No sé por qué* encuentro cierta afinidad en este sentido con la poeta polaca. Más que preguntarse, el poeta enuncia su ignorancia: no sé por qué, pero la poesía debe saberlo. No digo que ésta sea una poética, pero quizá sí su combustible: “el dolor”, nos dice, “nos empuja a preguntar”.



2

Vendaval de bolsillo es la primera edición mexicana, hasta donde tengo noticia, de la poesía del hispano-argentino Andrés Neuman. Es una antología hecha por el autor especialmente para la editorial Almadía. Su esmerada selección y disposición responden no al orden cronológico, sino a un acomodo más orgánico de los textos en la reunión. Dividido en seis secciones —“Palabras a una hija que no tengo”, “Rotación de los cuerpos”, “Plegaria del que aterriza”, “Necesidad del canto”, “Gotas negras” y “Gotas de sal”—, el conjunto da para echar un agradable vistazo en el ejercicio poético de Neuman y repasar sus obsesiones más significativas.

El libro abre de forma más que convincente con el poema “Palabras para una hija que no tengo” (acaso uno de sus textos más conmovedores y contundentes), convirtiendo esta sección en una de las más sólidas. Es una visión brumosa (por lo que tiene de vaporosa e indefinible la mirada del que canta los versos) de la familia: un hombre que habla con una hija nonata con la calidez que uno infiere que sólo un padre

debe tener: la tibieza de encontrarse desarmado, desamparado, frente a la criatura que hay que proteger (que no es sino otra visión, para mí, de la poesía): “Compréndeme, no es fácil velar por alguien siempre: / a veces necesito saber que tienes miedo.” O “No creas que en el fondo no soy un optimista: / de lo contrario tú no estarías aquí / cuidando que te cuide como debo.” Son sólo dos citas que sirven de ejemplo a lo que digo.

En esta sección también aparece Sebastián. De igual forma, suponemos que el bebé y el padre-poeta que habla y le explica el mundo son una fijación arquetípica de la paternidad: “Mira: esto es un roble / y sabe crecer alto si lo cuidan. / Mira: esos columpios / sirven para volar como los pájaros, / pronto vas a poder montar en ellos. / Mira, hijo, la hierba: ahí duermen a veces, / unos hombres cansados que han perdido su casa.” O “Es difícil, ¿verdad?, permanecer de pie, / uno acaba cayendo de rodillas. / Lo mismo nos ocurre a los adultos.” Está ahí presente de manera perenne la infancia: el niño que fue invade al hombre que es y lo hace volver hacia los parques, las escuelas o los jardines familiares. Le hace saber que existe una correspondencia, que lo que pasó en el orbe de la niñez se repite o revisita cuando se es adulto: gracias a la evocación, el recuerdo o simplemente a que el mundo no cambia demasiado.

La segunda parte, “Rotación de los cuerpos”, nos habla del amor, del descubrimiento del amor, del erotismo, de la estabilidad en que se transforma el amor de pareja: la rotación de los cuerpos no (o no sólo) es aquí la desesperación de los amantes por encontrar acomodo y acoplamiento, sino el paseo inconsciente de dos humanidades tan habituadas a coexistir que se acomodan mientras comparten sueño y lecho, que bailan una onírica danza sin equivocar el paso, la certeza de la vida en común: “Y no hay choque ni eclipse / sino luz y regreso / a la tierra sin orden / donde ocurre el milagro.”

“Plegaria del que aterriza” es, quizá, la sección que plantea un abordaje más complicado por ciertas imágenes lanzadas que pudieran hacernos pensar en que dentro de este apartado hay mucho más bagaje personal del autor, lo que vuelve ciertos versos en ocasiones impenetrables, a pesar de que a lo largo de esta parte del libro se abordan temas tan vastos como el tiempo que fluye (y huye) y sus campos de acción: la pérdida de la juventud y el desembarco en la muerte. Aquí (como allá afuera) somos sólo mortales, viajeros transitorios (“Plegaria del que aterriza”); la juventud es “alguien / que en el fondo de sí se siente intacto” y por lo tanto “La muerte ensucia, mancha, / enloda tu zapato de verano, / captura tu tobillo saludable, / presume de tu pierna inmaculada” (“La gotera”). Entonces el tiempo se vuelve arma mortal, el minuto guillotina y el calendario se enmascara y por tanto arroja “horas con trampa, que arden hacia adentro / como un cajón de luz, las que desfilan / a lo largo de un tubo, balas del calendario” (“Calendario con máscara”).

“Necesidad del canto”, la cuarta y, posiblemente, más entrañable sección del conjunto, apuntala una especie de poética que hila no sé si toda la poesía de Andrés Neuman, pero sí por lo menos la serie de textos comprendidos en *Vendaval de bolsillo*. Necesidad del canto: necesidad de la palabra en medio del caos, de la agitación; necesidad del canto mientras la gravedad nos jala hacia el suelo; mientras las balas

no nos han encontrado, mientras logramos comprender no lo exacto sino lo imperfecto; el casi en su posibilidad, en su incumplimiento, araña por instantes la inconmensurabilidad de lo total. “Para eso sucede la poesía” nos dice Neuman, “esta lengua esquimal que balbucea / los matices del blanco, / temperaturas ínfimas” (“La lengua balbuceante”). Esta sección nos sacude de tal forma que nos hace saber que no podemos “entender la poesía como un lujo” pues, si así lo hiciéramos, esta visión “nos condenaría a vivir más desalmados”. Por lo tanto, nos dice el poeta, debemos “dejar la casa abierta / y seguir con el canto.” (“Necesidad del canto”).

Las últimas dos secciones (que podrías considerarse una sola), “Gotas negras” y “Gotas de sal”, son un remanso después de la sacudida de los poemas inmediatamente anteriores. Son veinte haikus que atrapan al vuelo imágenes urbanas y marinas con una presteza que evidencia el dominio del oficio por parte de Andrés Neuman. Me atrevo a pensar que, de cierta forma, el autor no deseó dejar tenso y trabado al lector, sino que quiso que abandonara su poesía de forma relajada: fotografías apacibles, no exentas de cierto humor. Nos quedamos tranquilos.

3

Muchos escritores lanzan esta frase que a fuerza de pulimiento se antoja una verdad a la vez leve y lapidaria: el autor nunca es buen juez de su obra. Aunque la presente selección me resulta deleitable y decorosa, algo pasa que me he planteado esta pregunta: ¿Andrés Neuman tampoco es un juez impoluto de su obra? Encuentro en su selección, sí, un cierto balance gracias a las afinidades propias de cada uno de los textos debido a un ordenamiento sincrónico; leo aquí algunos de sus poemas más contundentes y conmovedores, pero asimismo me enfrento a textos que rozan una subjetividad hermética con los cuales no acabo de comunicarme... No obstante, el libro está allí para ser acometido por la curiosidad del lector. Considero ésta una oportunidad inmejorable para acceder a la obra gruesa del autor y así, el antologador que todo lector lleva dentro podría sugerirle (aunque sea mentalmente) una nueva selección, un acomodo diferente de secciones para retomar y empezar otra vez: al fin, como dice que dijo Sarajlić: “un poeta es el que consigue pese a todo empezar de cero siempre...” 

Luis Paniagua (San Pablo Pejo, Guanajuato, 1979). Es autor de *Los pasos del visitante* (ediciones de punto de partida, 2006) y *Maverick 71* (Literal Publishing, 2013).